

CONTRAGUERRILLA EN ESPAÑA: EL MARISCAL SUCHET, DUQUE DE LA ALBUFERA

por Jean Louis REYNAUD
Coronel de Infantería y doctor en Historia
Director del Curso de Historia de la
Escuela Superior de Guerra de París

INTRODUCCION (*)

DESDE hace cerca de cincuenta años la guerra subversiva reina por todas partes en el mundo: Yugoslavia, Grecia, China e Indochina, América latina, Africa del Norte, Angola y Mozambique, y más recientemente Afganistán y El Salvador. Su doctrina, sus reglas, redescubiertas por Mao-Tse-Tung y puestas al gusto americano por Che Guevara, han sido objeto de estudios, análisis y tomas de posición, siempre definitivas y siempre desmentidas. Este interés creciente por la guerrilla no debe hacer olvidar, sin embargo, que existe desde siempre, que según los mismos principios y procedimientos representa la lucha del «oprimido» contra el poderoso, del hombre sin armas frente al hombre de guerra. La lucha implacable en la que el elemento ideológico y pasional, ya sea nacio-

(*) NOTA DE LA REDACCION:

1) El autor, diplomado del Instituto de Estudios Políticos de París, estudia la acción, las ideas y los principios utilizados por el Mariscal Suchet en España en el marco de la investigación histórica sobre la guerrilla y contraguerrilla. En efecto, en esta guerra tan particular, fue el único que consiguió éxitos evidentes. Además, su actuación habría de tener mucha influencia sobre oficiales con mando superior, en posteriores situaciones semejantes.

El artículo constituye un resumen de su tesis doctoral en Historia Militar.

2) La traducción es del Coronel de Artillería DEM. D. Leopoldo García García, Oficial de Enlace en la Escuela Superior de Guerra de París, y del Teniente Coronel de Infantería, DEM. D. Luis Alejandro Sientes, alumno de la 101.ª Promoción de la misma Escuela.

nal, religioso o político ocupa un lugar primordial: la «pequeña guerra» es verdaderamente, como dice el general Spillmann (1) una guerra sucia, que el profesional detesta y teme. El soldado profesional, en efecto, tiene horror a esta clase de combate, a esta guerra «fluida y vaporosa» en la que el enemigo permanece invisible, en la que uno se gasta sin combatir nunca: por esta razón desprecia con frecuencia estudiar sus formas y buscar la defensa contra ella. Antes que tratar de adaptar su táctica a los procedimientos del adversario, de ganar para su causa a la población, apuesta por el combate, por llevar a cabo una acción política y administrativa, reacciona «visceralmente», con mano dura y responde a la violencia con un aumento de violencia.

La Guerra de la Independencia de España (1808-1814) nos proporciona una excelente ilustración de este profundo desconocimiento, de esta incomprensión de los problemas que plantea una guerra subversiva.

Cuando en el mes de mayo de 1808, todo el pueblo español se levanta para defender a su rey, a su religión y a su Patria, los franceses se quedan estupefactos. Creían que traían la libertad a la Península. En ella son tratados como enemigos mortales; saqueados, masacrados. En ese momento se exasperan, perdiendo su sangre fría: por un francés muerto, se fusila a diez españoles; por un convoy perdido, se arrasa un pueblo.

Es la «escalada de la violencia» a la que se dejan arrastrar los jefes más prestigiosos. Incapaces de comprender la mentalidad española, refugiados en un desprecio apresurado, no se han dado cuenta de que la pacificación no era solamente un problema militar, sino sobre todo un problema político y que era inútil ganar las batallas si no se podía, a continuación, obtener la sumisión de la población.

El General Thiebault, que fue uno de los pocos oficiales franceses que se propuso estudiar y comprender esta guerra escribe: «... la insuficiencia del soberbio desprecio, las crueldades inútiles, las continuas variaciones en los sistemas adoptados sucesivamente, el desdén de todo lo que no era juicioso, el olvido de todo lo que era político, una infinidad desoladora de vejaciones y de depreda-

(1) *Guerrilla y contraguerrilla*. Revista Histórica de los Ejércitos. Núm. 2, 1974.

ciones han cavado el abismo que cada día resulta más difícil de rellenar. Por esta razón, por mucha necesidad que se tenga aquí de tropas y de dinero, todo el dinero y todas las tropas que se pudieran emplear, no harán por decirlo así, más que regar un instante la tierra, si no se consigue llevar a cabo sin desorientarse un camino diferente... Toda la culpa es nuestra». Por tanto el remedio existe: «Nadie está más convencido como yo de que el único medio para acabar esta guerra humillante y desastrosa, el medio que hubiera debido prevenirla y que hubiera podido detener su curso es la justicia, una administración juiciosa y adelantada, un plan bien adaptado a las localidades y a las circunstancias y bien seguido...». Sobre el terreno «... es necesario limitarse a ocupar como puntos fuertes, los puestos indispensables, es decir las grandes instalaciones... reunir las tropas, comenzar por hacer almacenes para el Ejército entero y a continuación, batir el país y perseguir las bandas a ultranza ...» (2).

Esta acción metódica, a la vez política y militar es la que llevarán a cabo con éxito en su gobierno de Castilla y que realizarán en su provincia respectiva oficiales como Tilly en Segovia, Thouvenot en Vitoria y también Clauzel, Foy, Hugo. Pero corresponde al General Suchet jugar el papel principal en la lucha contra las guerrillas. Gobernador de Aragón y posteriormente del reino de Valencia, durante cuatro años, de 1809 a 1813, consigue asegurar y mantener la tranquilidad de su gobierno. En lugar de recorrer, devastar, exasperar, él va a *pacificar, tranquilizar, organizar, y por último conquistar.*

(2) Servicio Histórico del Ejército de Tierra. (En adelante las referencias a este Servicio Histórico francés, se citarán con las siglas SHAT). Carta del General Thiebault al duque de Feltre, 31 de agosto de 1812. Cap. 99.

PRIMERA PARTE: FORJAR EL INSTRUMENTO

La intervención francesa en España ha sido, sin ninguna duda, y el mismo Emperador lo reconocerá más tarde, un grave error; ha sido, en todo caso, la causa de una de las guerras más feroces y más devastadoras del siglo XIX.

No se trata en esta primera parte, y no entra en nuestro propósito, de exponer en detalle los motivos de la intervención de los franceses en la Península, ni tampoco de profundizar en las causas de la sublevación española. No obstante ha parecido necesario determinar las grandes líneas y mostrar sucintamente los métodos de combate del enemigo.

LA TRAMPA ESPAÑOLA

En la historia de las relaciones franco-españolas, el siglo XVIII representa un período de paz, que ni siquiera la Revolución lo altera. Es necesario un suceso funesto —la muerte del Rey Luis XVI— para que se produzca la ruptura y que de 1793 a 1795 la guerra haga estragos en la frontera pirenaica.

Pero se trata de un «hecho anormal» y el tratado de Basilea en julio de 1795 reconcilia a las dos potencias. Por el tratado de San Ildefonso, el 18 de agosto de 1796, se va más lejos todavía: se renueva el Pacto de Familia, un pacto «entre la rama más joven de los Borbones y la Revolución que acababa de exterminar a la rama primogénita, entre el Rey Católico y la República enemiga de los sacerdotes» (3). Pronto —el 14 de diciembre de 1804— España declaró la guerra a Inglaterra: la alianza se ha completado.

Alianza contra natura, que parece no satisface a todos. De una parte, la muy católica España, hostil al espíritu de la Revolución; potencia colonial que vive de su comercio con sus posesiones de ultramar y que la alianza francesa arruina, privándola de los recur-

(3) General FOY. *Historia de la guerra en la Península*. Tomo 2.

sos de sus tierras lejanas. La esperanza de recuperar Gibraltar, de reunificar la Península Ibérica, de ver la derrota de Inglaterra, ¿no vale la pena estos sacrificios? De otra parte, el Imperio, heredero de la Revolución, todo poderoso, que desprecia a ese pueblo de campesinos dominados por los monjes, esa Corte degenerada donde reina la intriga; pero que tiene necesidad de la flota española, la segunda flota mundial, de las colonias españolas, que constituyen otros tantos puntos de apoyo contra la Gran Bretaña, y de la «amistad» española que le permite reforzar el bloqueo.

El bloqueo es el único medio, estima el Emperador —y después del tratado de Tilsit esta convicción se ha reforzado— de acabar definitivamente con Inglaterra, a condición no obstante de involucrar a toda la Europa continental. Este, desgraciadamente, no es el caso, pues Portugal, verdadera colonia inglesa, no entra en el sistema; la lógica impone pues su ocupación. Con este propósito, el 27 de octubre de 1807, se firma en Fontainebleau un tratado encaminado al desmantelamiento del reino de Braganza en beneficio del Rey Carlos IV y del Príncipe de la Paz, Godoy, con la ayuda de las tropas francesas. Estas, en número de 25.000 hombres, bajo las órdenes de Junot, no han esperado la firma del acuerdo para franquear la frontera del Bidasoa. Hasta la frontera portuguesa, su marcha bien organizada —por las autoridades españolas— es relativamente fácil, pero en Portugal todo cambia. Un ejército agotado y reducido a cuatro batallones es el que entra en Lisboa el 30 de noviembre de 1807, después de 18 días de marchas forzadas. La nación portuguesa *«de viva imaginación esperaba ver héroes de una especie superior, colosos, semi-dioses. Los franceses no eran más que hombres... El hambre, los torrentes, los valles inundados, los aguaceros habían debilitado su cuerpo y arruinado sus uniformes... una larga fila de soldados flacos, lisiados y la mayor parte imberbes seguía a paso lento... Las tropas no tenían más que fusiles oxidados y cartuchos empapados de agua. Los portugueses, que estaban preparados para el terror, experimentaban el despecho de haberse quedado estupefactos y subyugados por un puñado de extranjeros. Esta depreciación de las fuerzas francesas dejó en el espíritu del pueblo un germen de revuelta que los acontecimientos no tardaron en desarrollar»* (4).

Los españoles, a su vez, no están lejos de compartir ese estado de espíritu; ellos también pueden juzgar al ejército que el Empe-

(4) *Ibidem.*

rador les manda. Los franceses, en efecto, que para asegurar sus comunicaciones con Lisboa, ocupan todos los ejes que allí conducen, instalan guarniciones en los puntos finales de cada etapa y en sus alrededores, toman en ocasiones el lugar de las autoridades locales. Ahora bien, este ejército, llegado para protegerlos contra los ingleses, está compuesto sólo de reclutas mal armados, mal equipados y mal alimentados que roban y maltratan a la población. Se comprende pues que desde ese momento la presencia francesa, sobre todo cuando el problema portugués parece que ha sido arreglado, les pese cada vez más.

Desgraciadamente, lejos de volver a pasar la frontera, «los aliados» parecen querer instalarse. Aprovechando el artículo VI de la Convención secreta adjunta al tratado de Fontainebleau (5), el Emperador envía nuevas tropas a España, las cuales cubren pronto toda la línea del Ebro, toman por sorpresa el fuerte de Figueras y Barcelona, y avanzan en dirección a Madrid. Traicionados, engañados, los españoles se agitan y el clero amenazado en su influencia y en su poder se convierte en el agente más activo de este movimiento.

En consecuencia, las primeras acciones tienen lugar no contra el ejército francés, sino contra el gobierno, contra Godoy. El 23 de marzo de 1808 en Aranjuez, la presión popular expulsa al Príncipe de la Paz y obliga al Rey Carlos IV a abdicar en favor de su hijo Fernando VII. Los franceses, desde hace algunos días en Madrid, parecen aprobar la elección. Es en este momento cuando el Emperador inmiscuyéndose directamente en los asuntos internos del reino, se decide a alejar a la familia reinante; «*piensa que el pueblo cansado de un gobierno gastado se mantendrá tranquilo ante un cambio semejante*» (6).

Error fatal: mientras que en Bayona, Carlos IV y Fernando VII abdican en favor del Emperador, España toma las armas. En una semana, del 23 de mayo al 1 de junio de 1808, el país entero se

(5) Artículo VI.—Otro Cuerpo de Ejército francés de cuarenta mil hombres será reunido en Bayona, el próximo 20 de noviembre como más tarde, dispuesto a entrar en España para dirigirse a Portugal, en el caso de que los ingleses enviaran allí refuerzos o la amenazaran con un ataque. No obstante, este nuevo Cuerpo de Ejército no entrará en España hasta que las dos instancias superiores contratantes se hayan puesto de acuerdo mutuamente sobre este punto.

(6) W. NAPIER. *Historia de la guerra en la Península*. Tomo 2.



El General Nicolás Goye
Cuadro de Goya, en el Virginia Museum of Fine Arts (Richmond).

subleva para defender a su Rey «prisionero», su religión amenazada por el anticristo y su honor ultrajado. Es una lucha diaria sin tregua, la que comienza, que durará seis años.

LA GUERRILLA

En sus «Memorias sobre la guerra de los franceses», De Rocca escribe «*en Alemania habíamos tenido que vencer a gobiernos y a ejércitos: en la Península española, donde íbamos a hacer la guerra... no estábamos en absoluto llamados a combatir contra tropas de línea, por todas partes poco más o menos las mismas, sino contra todo un pueblo...*». Más adelante, después de las primeras victorias francesas, añade: «*Creíamos y Europa lo creía también que sólo nos quedaba marchar sobre Madrid para completar la sumisión de España... Las guerras que habíamos hecho anteriormente nos habían acostumbrado a advertir únicamente las fuerzas militares de una nación sin contar para nada con el espíritu que animaba a sus ciudadanos*». Todo esto es lo que sucede allí; no es contra los cien mil hombres, inmediatamente dispersados, del Ejército Español contra los que los franceses van a tener que combatir, sino contra un pueblo de doce millones de almas, fanatizado por su clero. Aquí no se trata de una guerra regular en la que se distingue la *Grande Armée*, sino de «*un sistema de guerra en detalle*» (7), que la falta de enlace con la Junta Central, la geografía y el particularismo provincial favorecen: *la guerrilla*.

De cada provincia, de cada aldea ocupada por los franceses, surgen guerrilleros, soldados dispersados, campesinos, curas, artesanos, estudiantes, contrabandistas, que se unen en las montañas a jefes activos y emprendedores, con frecuencia de su mismo origen—los notables prefieren en general servir en el ejército regular—para formar las *Partidas*. Aunque en principio mal armadas y poco numerosas, al cabo de los meses tomarán una importancia creciente hasta tal punto que las columnas imperiales se tienen que enfrentar a bandas como las de Mina en Navarra o el Empecinado en Castilla, que cuentan con más de cinco mil hombres. La *Junta Central* no se equivoca y dos decretos, uno del 17 de abril de 1809 y el otro del 28 de diciembre de 1810 dan carácter oficial a esta guerra de «*curso territorial*». Según esta legislación, los miembros

(7) DE ROCCA. *Memorias sobre la guerra de los franceses en España*.

de las *Partidas* son considerados como soldados y a sus jefes se les conceden graduaciones en el ejército regular, a pesar de que ello origina numerosos conflictos de autoridad. El gobierno aporta además al movimiento una ayuda material; con el apoyo de Inglaterra, proporciona fusiles y municiones, incluso en ocasiones piezas de Artillería. Poco a poco los guerrilleros se militarizan, forman regimientos, batallones y compañías con sus banderas y sus uniformes, crean depósitos, fábricas de armas, de pólvoras. De tal modo que el 7 de febrero de 1812, el General Guye, Gobernador de la provincia de Guadalajara, enfrentándose a los hombres del *Empecinado* (8) encontrará frente a él a verdaderos soldados, infantes vestidos de color pardo, jinetes con uniformes azules e incluso artillería.

Pero si los guerrilleros de 1812-1813 no se parecen a los de 1809 en cuanto a riqueza de armamento, organización y número —todas las *Partidas* reunidas formarían una masa de más de 50.000 hombres— respecto al combate su táctica permanece invariable, perfectamente adaptada al terreno y a las circunstancias. El General Thiebault, Gobernador de Burgos, escribe *«los españoles huían en cuanto marchábamos contra ellos, y nos perseguían o se emboscaban sobre nuestros flancos y nuestras retaguardias tan pronto como nos retirábamos»* (9). Y en una carta del 12 de julio de 1811, el General Cafarelli confirma: *«Yo hubiera querido hacerle más daño (a Mina) pero es muy difícil alcanzar a hombres que no quieren batirse, que tienen a su favor a todos los habitantes de un país, del que conocen todos los senderos, que son informados a lo lejos por los campesinos, que no tienen impedimenta y están a medio vestir...* (10).

Su objetivo ha sido definido por los decretos de la Junta: evitar la llegada de víveres, destruir el ganado, interceptar los correos, observar el movimiento de los ejércitos, destruir los depósitos, fatigar al enemigo por alertas continuas, hacer circular rumores de todas clases, en una palabra, hacer el mayor daño posible, evitando el contacto.

Desde ese momento *«cómo reducir a gente que están informados de todo, que no son descubiertos por nadie, que no presentan más que francotiradores, nunca en masa, que las unidades no pueden*

(8) SHAT.—Cartón C-8-90.

(9) Memorias del General Barón Thiebault. Tomo 4 (1806-1813).

(10) SHAT.—Cartón C-8-75.

*abordar y a los que los individuos o los débiles destacamentos no escapan más que por milagro; contra los que no se puede manio-
brar, que no resisten como tampoco se someten y que a favor del
terreno más accidentado, limitan la guerra a las alertas, las fatigas,
las sorpresas y los asesinatos»* (11). En un estado de «bloqueo
continuo», los franceses se dispersan, se agotan: son necesarios
puestos fortificados para dar seguridad a las vías de comunicación,
compañías para escoltar los correos, batallones para proteger los
convoyes, regimientos para recoger los trigos y los impuestos. En
esta guerra en la que nada es fijo, en la que nada está seguro, el
Ejército Imperial, dueño del terreno «*cubierto por la sombra de
sus bayonetas*» (12), y poco más, se gasta, no combate, se le asesina.

Entonces, a la guerrilla, va a responder el terror, se saquea, se
quema, se arresta a diestro y siniestro, se degüella. De Rocca es-
cribe en sus Memorias «*ellos (los franceses) estaban continuamente
en la necesidad de castigar al inocente con el culpable, de vengarse
del poderoso en el débil. El saqueo les había resultado indispensa-
ble para existir...*» (13). Los jefes, en lugar de contener a sus tropas,
dejan hacer, cuando no dirigen ellos mismos la acción, como Dor-
senne o Darmagnac. Estos, jefes, mariscales y generales, aislados de
los mandos vecinos por montañas que no controlan, lejos del
Emperador, ignorantes de los decretos de José Bonaparte, son los
dueños de su provincia. Jefes militares, pero también recaudadores
de impuestos, pueden desvalijarla si les parece bien. Independien-
tes, no obedecen las órdenes, hacen oídos sordos a las peticiones de
ayuda. Ricos por sus saqueos, «*se aferran a sus furgones y de auda-
ces se convierten en circunspectos; de activos, en paráliticos...*» (14).
En cuanto a los guerrilleros, basta con mantenerlos en las mon-
tañas.

Así, durante cinco años de una lucha sin piedad, total, en la que
las dos partes han rivalizado en horrores, los franceses van a ganar
diez batallas campales, ocupar casi todas las plazas fuertes —únicamente
Alicante, Málaga y Cádiz, donde se ha refugiado el gobierno,
no serán nunca tomadas— pero no conseguirán nunca la sumisión
de la Península. Pues «*no se trataba de vencer fortalezas ni ejér-
citos..., era preciso golpear el alma de todos y cada uno, baluartes
a donde no alcanzan las balas de cañón y las bayonetas*» (15).

(11) Memorias del General Barón Thiebault. Tomo 4.

(12) Cita de Spillmann, en el artículo de la nota (1).

(13) DE ROCCA. *Ob. cit.*

(14) Cita de J. MORVAN en *El Soldado Imperial*. Tomo 2.

(15) DE ROCCA. *Ob. cit.*

SEGUNDA PARTE: LA CONTRAGUERRILLA

Mientras tanto, la guerra entre franceses y españoles se hace interminable —estos últimos apoyados por tropas inglesas y portuguesas— se vuelve cada vez más encarnizada. «*En lugar de comprenderse, se mataban; y campesinos y soldados podían conjugar todos los tiempos del verbo asesinar*» (16). En Burgos, el General Darmagnac saquea y trafica; en Oporto, el Mariscal Soult intenta convertirse en Nicolás I, rey de Portugal; Dorsenne, jefe de la Guardia Imperial en España, «*el hombre más capacitado para hacer, él solo, más enemigos de Francia que toda la Guardia Imperial pudiera combatir*» (17), quema, cuelga y degüella; en Valladolid, Marmont hace alarde de un boato grandioso; los mariscales se tienen envidia, se niegan a entenderse para emprender una acción común y comprometen una fama ganada en los campos de batalla. Mientras tanto en Aragón, el General de División Suchet, al frente del III Cuerpo de Ejército gana su bastón de mariscal, el único concedido en la Guerra de España.

«Convencido de que aunque la fuerza de las armas gana las batallas, no puede por sí sola hacer duradera la conquista, pensó en crear una administración civil ... pero como era imposible que el pueblo tuviera confianza en este sistema administrativo e incluso que no corriera ningún peligro en tanto las montañas encerraran enjambres de guerrillas, tomó la resolución de perseguirlas sin descanso y vencer toda resistencia en Aragón antes que tratar de extender el círculo de sus conquistas, previendo que poniendo así bases sólidas para sus futuras operaciones, formaba un ejército capaz de realizar las mayores hazañas» (18).

Durante cuatro años, de 1809 a 1813, Suchet, Gobernador de Aragón, apoyándose en el instrumento que pacientemente ha forjado, va a poner en práctica las ideas del que considera su maestro de pensamiento, el General Thiebault. «*Pacificar, tranquilizar, organizar, por último conquistar, en lugar de recorrer, asolar y exasperar*». A la guerrilla, que hace estragos por todas partes, opondrá la contra-guerrilla; a la acción militar, la acción política y militar.

(16) Memorias del General Thiebault. Tomo 4.

(17) *Ibidem*.

(18) W. NAPIER: *Ob. cit.*

ARAGON

El reino de Aragón, que fue durante mucho tiempo uno de los reinos más poderosos de España comprendía en efecto no solamente la región que le ha dado su nombre, sino también Cataluña, el reino de Valencia, y durante algún tiempo, las islas Baleares. Su papel político, estaba a la medida de su potencia: no se puede olvidar que fue la unión de su rey Fernando con Isabel de Castilla, de donde nació la España moderna. Al principio del siglo XIX, Aragón se reduce al conjunto de las provincias de Zaragoza, Huesca y Teruel; unas montañas, un río y unos aragoneses. Las montañas cubren casi toda la región, excepto algunas planicies alrededor de Huesca y de Alcañiz entre otras. Desde los Pirineos, sucesivas cadenas montañosas descienden gradualmente en altura hacia la depresión del Ebro. Este relieve desde el punto de vista militar tiene una importancia capital como pone de manifiesto una carta del General De Hautpoul al ministro de la Guerra: «*Aragón... cubierto por una prodigiosa cantidad de montañas de las que un gran número ofrecería a los habitantes unas retiradas casi inaccesibles*» (19).

El río Ebro, que atraviesa la región de oeste a este, constituye la arteria vital de Aragón y por Caspe y Mequinenza da acceso al Mediterráneo, permitiendo así la exportación de los productos aragoneses: los cereales y la lana sobre todo, pero también el lino, el cáñamo, la seda y un poco de vino. Estas exportaciones no enriquecen la región y como dice A. de Laborde, «*el comercio de Aragón es casi enteramente pasivo. Esta región envía sus materias primas al extranjero y las recibe a continuación manufacturadas*» (20). Esta situación es debida, no a la ausencia de recursos, sino más bien a la falta de mano de obra.

«*La población de Aragón no responde en absoluto a su extensión*», escribe A. de Laborde. El censo de 1788 da 623.308 habitantes, entre los cuales hay 50.000 notables, sacerdotes y criados para 50.000 Km². Los habitantes de Aragón —escribirá el General Hautpoul en la carta citada— *son robustos, vigorosos, bravos y feroces, no salen jamás sin ir armados de fusiles y de puñales... no pueden soportar a los extranjeros, de los que descon-*

(19) SHAT. Carta de 3 de mayo 1809. C-8-47.

(20) A. DE LABORDE, *Itinerario descriptivo de España*.

fian mucho. Ahora bien, en 1808 los extranjeros son los franceses, que se dicen aliados de España, pero que se conducen como ocupantes; en Navarra, en Vizcaya, en Cataluña, incluso en Madrid, el país está cubierto de soldados, las ciudades y las plazas fuertes reciben comandantes franceses. La policía escapa a las autoridades locales. Aragón, hasta entonces dispensada de la presencia francesa, se siente amenazado en su independencia; más grave todavía, corre el rumor de que Napoleón quiere unir al Imperio la zona comprendida entre el Duero, el Ebro y los Pirineos. Por todas partes la agitación crece. En este clima de tensión general llega la noticia de la sublevación madrileña del 2 de mayo y algunos días más tarde el anuncio, publicado el 20 de mayo en la «Gaceta de Madrid», de la doble abdicación de Carlos IV y de Fernando VII.

¡Es demasiado! Hasta entonces los españoles habían querido esperar, en adelante España actuará por sí misma: el 24 de mayo, Zaragoza se subleva y bajo la presión popular elige un jefe de 27 años, don José Rebolledo de Palafox. Este, que se erige en capitán general de Aragón, no posee ni tropas regulares, ni armas, ni municiones, *«todo fue creado por el patriotismo y la sed de venganza»* (21). Se llama a oficiales y soldados retirados para encuadrar a la multitud de voluntarios que afluyen de todos los valles, se organiza una pequeña artillería, se reúnen todas las armas disponibles. El tiempo apremia. Ya Lefebvre-Desnouettes, al frente de cinco mil infantes y ochocientos caballos, se presenta ante Tudela. Los franceses, en efecto, no quieren que se extienda este foco de insurrección aragonés, grave amenaza sobre el flanco este de sus vías de comunicación. El 7 de julio, se ocupa Tudela; el 13 Palafox, que había avanzado imprudentemente, es batido en Mallen; el 16 Zaragoza es alcanzada e incluso por un momento ocupada, pero en una ciudad *«las lanzas de los polacos hubiesen sido impotentes; el reglamento de las viejas tropas no hubiera ya servido para nada cuando hubiera hecho falta romperse y fragmentarse para atacar y vencer»* (22).

Por esta razón, los franceses prefieren esperar refuerzos, perdiendo así la ocasión de ocupar la capital aragonesa sin pegar un tiro; en unos días ésta se va a convertir en una verdadera fortaleza, que será necesario reducir calle por calle, casa por casa. Pero Zaragoza no será ocupada, después de un mes de combates, durante

(21) General FOY, *Ob. cit.* Tomo 3.

(22) *Ibidem.*

los que los franceses tendrán que luchar no sólo contra los habitantes de la ciudad, sino también contra los guerrilleros que les hostigan. El 15 de agosto, abandonan el asedio bajo la presión de los acontecimientos de Andalucía y se retiran a Tudela. Aragón está libre, el ejército imperial batido se mantiene a la defensiva, esforzándose en conservar su línea de comunicación con Francia.

Pero mientras Zaragoza celebra su victoria y Palafox intriga, el Emperador decide intervenir con su *Grande Armée* (250.000 hombres, 50.000 caballos repartidos en ocho Cuerpos de Ejército). El 9 de noviembre de 1808, «*la enorme masa del ejército francés se puso en marcha con una celeridad que mostraba el vigor del mando de Napoleón*» (23). En diez días la situación da la vuelta; en todos los frentes, los españoles batidos, huyen. El 23 de noviembre, Lannes y Moncey, este último jefe del III Cuerpo de Ejército, derrotan a Castaños cerca de Tudela; después, de acuerdo con las órdenes, marchan sobre Zaragoza para conminarla a rendirse y «*ofrecer a sus habitantes una completa amnistía en prueba de su heroica defensa*» (24). En la ciudad reina la consternación, pronto el pánico y «*si aprovechando los éxitos... los franceses hubiesen desplegado la actividad y el vigor que el momento requería, Zaragoza no hubiera contado con otros días de gloria que los del primer asedio*» (25).

Pero Lannes está enfermo; Moncey y Ney que debían combinar su acción, no se entienden; el III Cuerpo de Ejército, debilitado, progresa lentamente; por último, el V Cuerpo de Ejército de Mortier, que debe cooperar al asedio, se hace esperar. En ese momento la confianza renace en la ciudad y los preparativos para la defensa están terminados cuando el 20 de diciembre el ejército francés se presenta en tres columnas. El 24, después de una serie de escaramuzas, se completa el cerco de la capital; un segundo asedio comienza y va a durar dos meses, hasta el 21 de febrero de 1809. Treinta mil franceses fuertemente armados intentan reducir una ciudad de cien mil almas, sobreexcitada, dispuesta al sacrificio y que devuelve golpe por golpe. Durante más de un mes las cosas no avanzan. Las razones son numerosas: Moncey ha sido reemplazado por Junot; Mortier ha sido enviado a Calatayud para proteger las comunicaciones hacia Madrid y se ha llevado consigo a la 1.^a División del V Cuerpo de Ejército, la de Suchet, ocho mil

(23) W. NAPIER, *Ob. cit.* Tomo 3.

(24) Diario de operaciones citado en NAPIER.

(25) *Ibidem.*

hombres menos; no hay acuerdo entre los jefes y el soldado, que no gusta de este tipo de guerra, pierde el ánimo; por último «*mientras que cercaban Zaragoza, los franceses mismos se encontraban envueltos en insurrecciones*» (26). En efecto, el país está en manos de los insurrectos, el marqués de Lazan, hermano de Palafox, que ha reagrupado a todos los campesinos armados de los valles del río Aragón ataca continuamente a lo largo de la línea de abastecimientos franceses, que desde Pamplona por Tudela, llega hasta el ejército que asedia; en consecuencia éste debe privarse de fuertes destacamentos para conservar esta vía; en el norte, la ciudad de Jaca está ocupada, los españoles llevan incluso su audacia pasando a Francia para hostigar los pueblos de los valles altos.

El 22 de enero, restablecido Lannes, toma el mando y entonces todo cambia: se llama otra vez a Suchet, Mortier recibe la orden de rechazar a Lazan y finalmente estrecha el cerco con decisión. El 29 de enero las defensas de la ciudad constituyen la línea del frente. Pero «*Zaragoza subsistía todavía... sus defensas regulares habían cedido a la habilidad de los franceses, pero la resistencia popular, acompañada de todas las ferocidades, fue inmediatamente puesta en práctica*» (27). Durante un mes la ciudad va a convertirse en el punto de mira de toda España, en el símbolo de la resistencia —ZARAGOZA, SIEMPRE HEROICA—. Durante un mes todo un pueblo, hombres, mujeres y niños, va a defender su hogar sin idea de retroceso.

«La guerra fue entonces llevada a las calles de Zaragoza. El toque a rebato se escuchó en todos los barrios de la ciudad y el pueblo, reuniéndose en tropel, ocupaba las casas más próximas a los alojamientos de los franceses. Se ponían obstáculos y nuevas barricadas en las principales calles; se minaron los espacios abiertos...» (28).

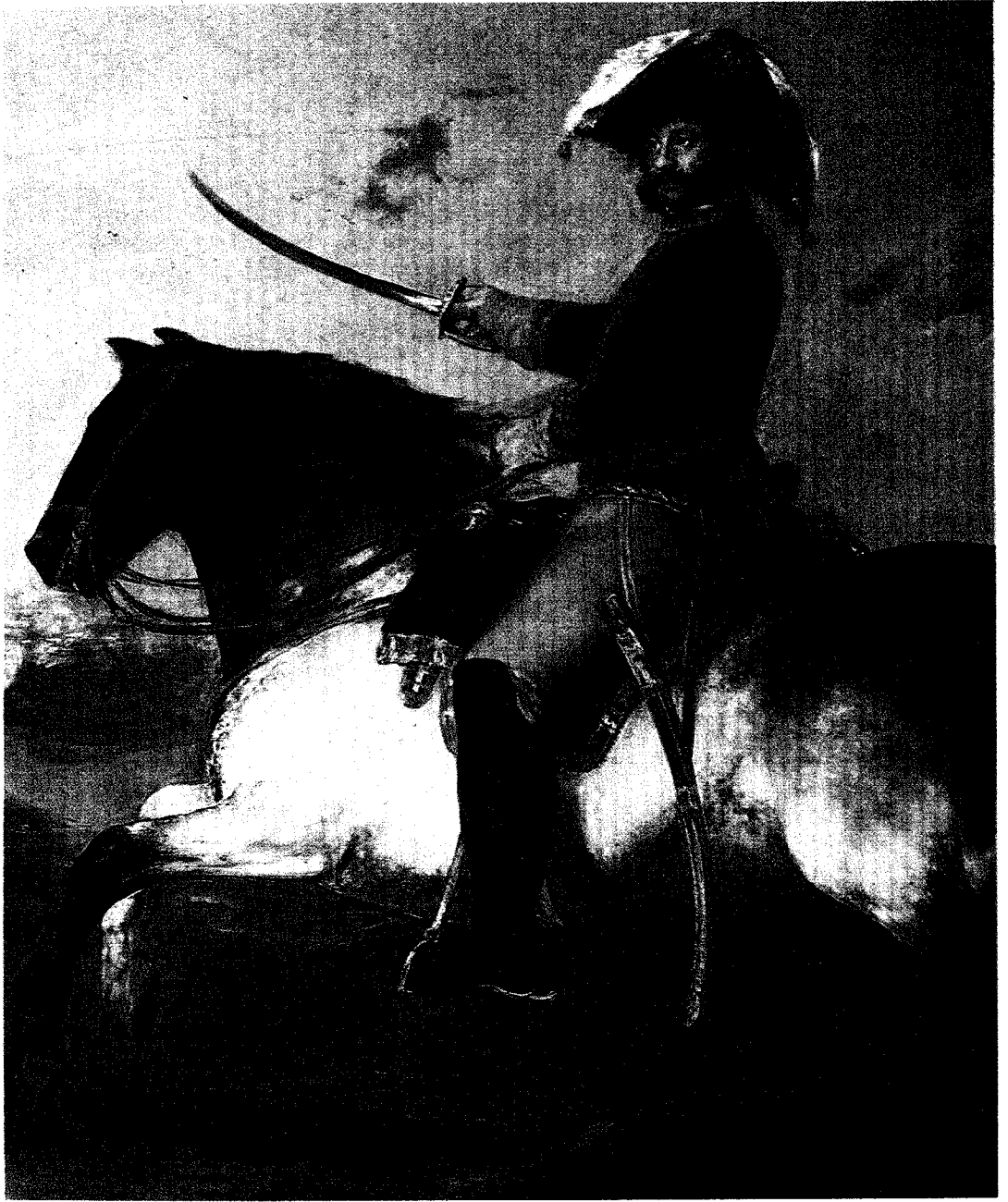
A la guerra regular sucede la guerra popular, atroz, total, pero veamos el relato de aquellos que combatieron allí:

«Entonces comenzó en el interior de la ciudad un combate, calle por calle, casa por casa, que duró 23 días. Todos los muros estaban almenados de antemano, en todos los pisos; las puertas y las ventanas estaban atrancadas; las calles estaban enfiladas en toda su longitud por baterías que estaban protegidas. La ocupación de cada casa exigía

(26) W. NAPIER, *Ob. cit.* Tomo 3.

(27) *Ibidem.*

(28) Historial del 114 Regimiento de Infantería de línea.



El General Palafox.—Cuadro de Goya. Museo del Prado.

un asalto. Los aragoneses, movidos por la doble motivación de la libertad y la religión, se defendían piso por piso, de habitación en habitación. Los monjes recorrían las calles, con las armas en la mano... Se veía a las mujeres, damas elegantes, armadas con un fusil o con un sable, animando a los oficiales con el ejemplo de una bravura extraordinaria» (29).

A pesar de esta resistencia, de las insurrecciones que sublevan los campos, a pesar de las pérdidas, la enfermedad y el hambre, las tropas de Lannes progresan lentamente hacia el centro de la ciudad. Por último el 20 de febrero, una delegación de la Junta se presenta ante el jefe francés para negociar la capitulación y a la mañana siguiente el silencio caía sobre la ciudad, destruida en sus tres cuartas partes, bajo las ruinas de la cual yacían 50.000 defensores. Los franceses habían perdido 4.000 hombres y ocupado trece conventos e iglesias.

Ocupada Zaragoza, ahora era necesario conquistar la región. Mortier que sucede a Lannes, se esfuerza en ello, amenaza Lérida, Mequinenza, ocupa Jaca, abriendo así una nueva vía de comunicación hacia Francia, ocupa el fuerte de Monzón y todo el país entre Barbastro al norte del Ebro y Alcañiz, al sur. Pero en el mes de abril, el V Cuerpo de Ejército abandona Aragón y Junot se queda solo con su III Cuerpo de Ejército, reducido a 12.000 hombres —el Emperador le ha quitado una parte de su artillería, una de sus brigadas está en Navarra, otra escolta a los prisioneros hechos en Zaragoza—. Así pues está obligado a mantenerse en sus posiciones sin poder intentar nada, mientras que en el mismo momento la insurrección, lejos de haberse enfriado por la caída de la capital, se incrementa; las bandas aparecen sobre las retaguardias francesas; y pronto, incrementados con los soldados dispersos tras los combates con las tropas imperiales, atacan las guarniciones. Si los franceses ocupan las ciudades y planicies, los españoles son los dueños de los bosques y montañas; el III Cuerpo de Ejército está bloqueado en su conquista.

Entonces el General Suchet, en ruta hacia Valladolid, recibe la orden de tomar el mando supremo del III Cuerpo de Ejército, reemplazando a Junot (30).

(29) W. NAPIER, *Ob. cit.* Tomo 3.

(30) Según Thiebault, Suchet esperaba en Valladolid un mando que había solicitado, negándose a servir por más tiempo a las órdenes de otro.

SUCHET

Al frente de la 1.^a División, «una verdadera legión romana... disciplinada, maniobrera, infatigable» (31), desde el campo de maniobras de Boulogne, está Suchet cuando recibe la orden de dirigirse a Zaragoza con objeto de tomar el mando de las tropas francesas de Aragón; «fue forzado a abandonar a esta División que le devolvía en cariño lo que él tenía por ella de abnegación y de benevolencia. Esta separación fue dolorosa para una y otra parte» (32)... Pero ante el general se abre una nueva «carrera completamente digna de su enorme talento» (33). Luis Gabriel Suchet tiene 38 años.

Hijo de un negociante en sedas de Lyon, nació en esta ciudad el 2 de marzo de 1770. Después de unos buenos estudios en una institución próxima, se dispone a seguir el camino trazado por su padre cuando estalla la Revolución Francesa. Conquistado por las nuevas ideas, se alista el 12 de mayo de 1792 en el IV Batallón del Ardeche con el que va a participar en la lucha contra su ciudad natal que se ha sublevado. No verá la rendición, pues el 21 de octubre de 1793 abandona Bourgoin, a la cabeza del batallón —fue elegido su jefe el 20 de septiembre— para incorporarse al ejército de Italia.

Se distingue en el sitio de Toulon; después bajo las órdenes de Massena, de Augerau y por último de Bonaparte, está presente en todos los combates, Loano, Dego, Rivoli, Bassano, Arcole, en los que participa entre 1795 y 1797 con la 18 semi-Brigada, que él manda. Herido cuatro veces durante la campaña, es nombrado general, el 3 de germinal del año VI. Después de una campaña en Suiza, bajo las órdenes de Brune, deja su semi-Brigada para servir con Joubert en el ejército de Italia. Como Jefe de Estado Mayor toma parte en las medidas represivas contra Venecia y la Romagna sublevada, cuando tiene conocimiento de su pase a la situación de no actividad. Las razones de esta desgracia permanecen bastante oscuras, acusada severidad, malversaciones, ¿es acaso la forma de castigar al General Joubert considerado como muy independiente? La situación no dura mucho tiempo y desde el 1 de marzo de 1799,

(31) L. G. SUCHET, duque de La Albufera, *Memorias*. Tomo 1.

(32) C. BARAULT-ROULLON, *Elogio del Mariscal Suchet*.

(33) SHAT: Extracto de la necrología del Mariscal. M. F. 23.

Suchet pasa al ejército del Danubio en Suiza, donde Massena le destaca con una brigada a Los Grisones. Allí el 20 de mayo, bloqueado por la pérdida del fuerte de Luciensteig «*rodeado por fuerzas superiores y amenazado con quedarse sin retirada... pasa sobre un lago helado en Oberlap... restablece las comunicaciones interrumpidas con la División Le Courbe... Massena exclamará: ¡Estaba seguro que Suchet me devolvería su brigada*» (34).

Entonces Joubert, que acaba de recibir el mando supremo del Ejército de Italia, reclama a Suchet como Jefe de Estado Mayor, con el grado de General de División, lo que tiene lugar el 13 de julio de 1799. Ambos llegan a Italia el 4 de agosto. Allí la situación es crítica, los franceses son hostigados por todas partes; no obstante el General en Jefe decide atacar Novi el 16 de agosto, es herido desde el principio de la acción y Moreau, que lo ha reemplazado, no puede impedir la derrota. Los franceses, que han perdido 6.000 hombres se repliegan sobre Génova, el ejército se encuentra en un estado de ruina espantoso, sin pagas, sin uniformes, sin calzado, pero sobre todo sin pan y sin municiones. Todo está desorganizado, Francia no controla ya Italia, la frontera del Var está amenazada.

Pero el 28 de septiembre, Bonaparte, que ha abandonado Egipto, desembarca en Frejus; el 18 de brumario —10 de noviembre de 1799— se asegura el poder y decide rechazar definitivamente al enemigo. Confía a Massena el mando del Ejército de Italia que se defiende paso a paso. Desde su llegada, el nuevo General en Jefe reorganiza su pequeño ejército, forma tres Cuerpos de Ejército: Soult, en el ala derecha con 18.000 hombres, Thureau, en el ala izquierda con 6.500 hombres y Suchet en el centro con 12.000 hombres. Sin embargo, estas fuerzas no pueden resistir a Melas, que entra en acción el 7 de abril de 1800 e inmediatamente Soult es derrotado. Con Massena enfermo en Génova, Suchet va a luchar solo para defender el paso de Tende y Niza, que luego deberá evacuar el 7 de mayo. No obstante el enemigo no rebasará el Var y el 26 de mayo conociendo, gracias al telégrafo que está rodeado por Bonaparte abandona sus posiciones; Suchet contraataca y expulsa a los austriacos de Italia, «*por sus operaciones, sus éxitos, su constancia, el ejército de Italia había ayudado al ejército de reserva con toda su potencia*» (35), había retenido cerca de 50.000 hom-

(34) L. G. SUCHET, *Ob. cit.* Tomo 1.

(35) C. BARAULT-ROULLON, *Ob. cit.*

bres. Thiers, en su Historia del Consulado y del Imperio, escribe: «¿Por qué no atribuir también la victoria de la batalla de Marengo a este intrépido defensor de Génova, que reteniendo a los austríacos... dio al General Bonaparte tiempo para descender de los Alpes y le dejó (a los austríacos) a medio destruir?». ¿No se debe, antes bien, atribuir el mérito al defensor de Niza y del Var?

Suchet, continuando su marcha, penetra en Génova el 24 de junio, vuelve a ocupar durante cierto tiempo la Liguria y a continuación se establece sobre el Mincio. Allí el 24 de diciembre, recibe la orden de Brune, que ha reemplazado a Massena, de atravesar el río y de ocupar Pozzolo. Después de un duro combate durante el cual salva al Cuerpo de Ejército de Dupont y se bate como un simple soldado, los austríacos abandonan el campo de batalla dejando 4.000 prisioneros y 6.000 muertos sobre el terreno. El tratado de Lunneville, por último, firmado el 3 de febrero de 1801, suspende las hostilidades y permite al Teniente General Suchet volver a Francia, «era ya necesario que los vencedores, después de ocho años de luchas gloriosas volvieran a su patria para disfrutar allí de algún descanso» (36).

Su descanso será de corta duración. En efecto, su espíritu de iniciativa, su sentido de la organización, sus ideas —hizo llegar al Ministro de la Guerra varios memorandus—, su experiencia de combate y especialmente del de montaña —ha creado desde 1799 algunas unidades de Cazadores de Montaña— le acreditan para el cargo de Inspector General de las Tropas de Infantería. Desde mayo de 1801 al 28 de octubre de 1803, recorre el oeste y el norte de Francia, inspeccionando las 9, 19 y 20 Divisiones Militares. Transcurridos estos dos años, encontramos al general en el campo de maniobras de Boulogne donde, «aunque hubiera mandado tan gloriosamente un Cuerpo de Ejército, en Italia» (37), sirve, no sin amargura —su correspondencia lo prueba— como simple general de división a las órdenes de Soult.

Con independencia de su estado de ánimo, hará de su División una excelente unidad de combate: marchas, reconocimientos, ejercicios, revistas se sucederán durante la permanencia del ejército a orillas de la Mancha. «La División Suchet se hizo notar por su uniformidad, su disciplina, su instrucción en medio de un ejército

(36) *Ibidem.*

(37) *Ibidem.*

modelo» (38) ... Forjarse un instrumento perfectamente apto para la guerra, tal es y será siempre el principio básico de Suchet; realista, administrador de sus hombres, no quiere lanzarlos a la acción hasta que estén totalmente preparados para sus tareas, tanto en el aspecto físico, como en el material y, sobre todo, moral. Ellos también lo habían comprendido así, «*en su División, en su Cuerpo de Ejército cada uno servía por afecto y actuaban sin pasar más allá de su deber*» (39).

El 27 de agosto de 1805, el Emperador, abandonando la idea de desembarcar en Inglaterra, lanza sus «*siete torrentes*» —los siete Cuerpos de Ejército— sobre Austria. La División Suchet pertenece al V Cuerpo de Ejército de Lannes. Gana fama en Ulm, en Austerlitz, donde el V Cuerpo de Ejército forma el ala izquierda, al año siguiente en Saafeld, contra los prusianos, y el 14 de octubre de 1806, en Jena; la División Suchet, entre la cual el Emperador ha vivaqueado, «*abrió por así decirlo las puertas del campo de batalla, por la que a continuación llegaron otros Cuerpos de Ejército que desplegaron para el ataque general*» (40). Aplastados los prusianos, la *Grande Armée* se volvió contra los rusos; el 26 de diciembre en el combate de Pultusk, la División comienza la campaña de Polonia. No se irá mucho más allá, el Emperador deja el V Cuerpo de Ejército, que ahora manda Massena, cubriendo Varsovia. Finalmente el avance francés obliga al Zar a firmar el 7 de julio de 1807 el tratado de Tilsitt. El V Cuerpo de Ejército, a las órdenes de Mortier, se establece en Silesia.

Allí el 8 de septiembre de 1808 recibe Suchet la orden de dirigirse a España y atravesar la frontera el 1 de diciembre; el intervalo de tiempo lo aprovecha para casarse. Hermosa boda, porque su mujer Honorine Anthoine de Saint-Joseph es una Clary, sobrina de Julia Bonaparte y de Desirée Bernardotte. Pero el recién casado no tiene apenas tiempo de gozar de las alegrías del hogar, pues debe hacerse cargo de su División: deja París el día en que sus hombres atraviesan el Bidasoa. Los encuentra en Burgos y allí conoce que el Cuerpo de Ejército tiene orden de dirigirse a Zaragoza. Conocemos la actuación de la 1.^a División durante el asedio; encargada de mantener el enlace con Madrid, va a partir de Calatayud y recorrer el país persiguiendo las partidas de guerrilleros hasta

(38) L. G. SUCHET, *Ob. cit.* Preliminares.

(39) *Ibidem.*

(40) *Ibidem.*

que Lannes se hace cargo de las operaciones; marcha entonces hacia la capital aragonesa, que no abandonará hasta finales de abril, para dirigirse a Castilla. Un correo, ya mencionado, devuelve a Suchet a Zaragoza el 19 de mayo de 1809, para mandar el III Cuerpo de Ejército; debe este honor, según parece, al Mariscal Lannes, que le conoce bien.

Dieciséis años han transcurrido desde su alistamiento en el Batallón del Ardeche; aparte el intermedio de dos años en la Inspección de Infantería, siempre estuvo en primera línea. Ejércitos de los Alpes, de Suiza, del Danubio, de Italia, ha conocido todos los escalones jerárquicos y en 1801, en el Var, como General de División, jefe del ala que *«inopinadamente revestida de una pesada responsabilidad, había secundado los proyectos del primer cónsul con tanta inteligencia como obstinación e impulso»* (41). Pudo esperar las mayores responsabilidades pero *«estuvo un poco olvidado en este conflicto de intereses»* (42). Por eso lo encontramos, como simple General de División, en Austria, en Polonia y con esta graduación entra en la Península.

Pero, ¿quién es Suchet? El que fue durante mucho tiempo su Jefe de Estado Mayor, el General Saint-Cyr Nugues lo describe así: *«...era de estatura elevada, de rostro noble y dulce... tenía sensibilidad, imaginación y, entre otras cualidades, un espíritu de justicia y de indulgencia... En la intimidación era bueno, fácil y confiado, apreciaba la adhesión, tenía en cuenta el celo y sobre todo el éxito»* (43). En el combate era valiente y prudente *«soldado intrépido y gran capitán...»* (44); no dudando como en Pozzolo, de servirse de un fusil, pero no empeñándose, cuando puede, más que en las mejores condiciones. Lejos del enemigo, se informa, quiere conocerlo en su fuerza, en su moral, en su dirección, utiliza para esto espías, habitantes y sobre todo su caballería, que envía a realizar profundos reconocimientos. En el campo de batalla, estudia el dispositivo enemigo, el terreno, buscando el fallo, dispuesto a explotarlo, dispuesto también a rechazar el combate si su posición

(41) C. AURIOL, *Documentos militares del Teniente General De Campredon*.

(42) *Ibidem*. Se trata del conflicto entre Bonaparte y Massena para saber a quién correspondía el mérito de la victoria sobre los austriacos. Marengo o la resistencia de Génova, *«se repartían la gloria y Bonaparte se quedaba con la parte del león»*. Ya se ha mencionado anteriormente.

(43) L. G. SUCHET, *Ob. cit.* Preliminares.

(44) Citado en el *Elogio del Mariscal Suchet*. Extracto del discurso del General Billard con motivo de la muerte del Mariscal.

es demasiado desfavorable. Pero el combate no es toda la acción militar, no es más que la finalidad, el apogeo; un valor brillante y una ciencia táctica no bastan, es preciso crear el útil adecuado para llevarlo a cabo, saber organizar; y lo hemos visto anteriormente. Suchet sabe organizar; Joubert, Massena, Lannes no se han equivocado cuando lo han querido como Jefe de Estado Mayor, el mismo Emperador se fija en él, cuando el 18 de agosto de 1805, pasa revista al ejército reunido en el campo de maniobras de Boulogne.

Forjarse un instrumento de primer orden y mantenerlo continuamente apto para cumplir su misión, constituye el objetivo del esfuerzo de Suchet: en el aspecto técnico primero, mediante ejercicios, tiros, marchas, reconocimientos, realizados cada día. En el plano material, en una época en la que la Intendencia sigue mal, mediante el pago regular del haber, el mantenimiento y la renovación, a veces difícil, del equipo; la preocupación constante de alimentar bien a sus hombres, la mejora de las condiciones de vida y de higiene. Por último, desde el punto de vista moral, por el contacto que tiene con todos, por su ascendiente, su sentido de la justicia. En una palabra, «*él amaba, por eso era amado...*» (45).

Valiente, de talento organizador y conductor de hombres, tal nos parece el General Suchet. Pero de qué podrían servir estas cualidades en la guerra de España; de qué sirve ser bravo cuando no se puede combatir, cuando el enemigo es invisible y mata al primer descuido. Es imposible prever nada, cuando no se conoce al adversario; para qué sirve un instrumento perfectamente a punto, cuando no se pueden ordenar juiciosas maniobras, cuando las formaciones en cuadro no sirven para nada. Por último, para qué van a servir todos los conocimientos, todo el oficio adquirido frente a los ejércitos regulares, en esta guerra «*fluida y vaporosa*», en la que la línea, el frente, el ala, la columna, son nociones sin significado. Los franceses están, al parecer, mal preparados, para una guerra semejante.

No ocurre lo mismo para Suchet; la «*pequeña guerra*» no le desorienta, tiene experiencia de ella, una experiencia adquirida sobre el teatro de operaciones de los Alpes, unos diez años antes. Sobre este terreno inhóspito, poco adecuado para los movimientos

(45) L. G. SUCHET, *Ob. cit.* Preliminares.

de grandes masas, proliferaban las emboscadas sobre su retaguardia de los campesinos armados —los *barbets*— (46), que degollaban a rezagados y perdidos, atacaban convoyes, cortaban los ejes de comunicaciones, quemaban las cosechas. Contra ellos, incapturables, debe destacar tropas, guardar puentes y collados, escoltar los abastecimientos, con hombres que le eran muy necesarios en otra parte. Para el futuro Gobernador de Aragón esta guerra va a estar llena de enseñanzas —como lo había sido la campaña de Santo Domingo para Clauzel, la de Nápoles para Hugo—. Poniendo en práctica *«el principio de que en la guerra de montaña no hay que creerse en absoluto reducido, ni aferrarse nunca a un sistema de defensa pasiva; sino por el contrario, multiplicar los movimientos, las agresiones, porque si bien su resultado no es siempre favorable, su efecto es por lo menos cierto; con lo que el enemigo se inquieta, queda al descubierto en muchas partes y a menudo desconcertado en el momento en que cree realizar las acciones más seguras»* (47), va a hostigar las tropas austríacas creando columnas móviles, unidades ligeras de Infantería y de Caballería, aptas para el combate tanto de día como de noche, organizando Unidades de Cazadores de Montaña. Contra los insurgentes, arma a los municipios que permanecen fieles, lanza a sus Cazadores. En esta campaña, bajo la influencia de Joubert, toma conciencia de la importancia de las plazas fuertes, *«con el fin de apoyarse en ellas en caso de retirada»* (48), y la conveniencia de inmovilizar parte de las fuerzas enemigas, antes de lanzarse a una futura acción ofensiva.

Así pues, el jefe que va a tomar el mando de las tropas de Aragón no será ni sorprendido, ni desorientado por las formas que reviste la guerra de España.

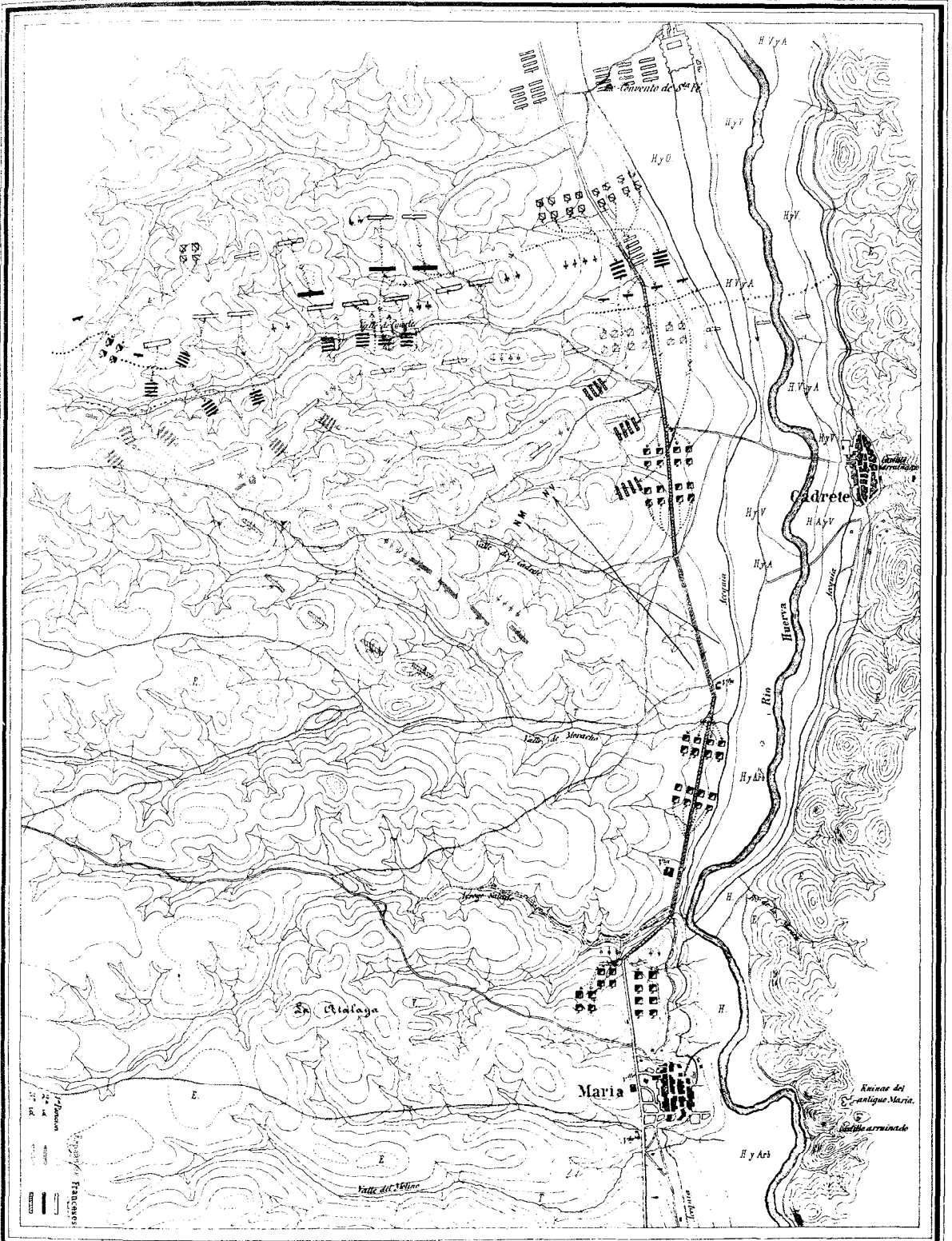
(46) Se llama así a los calvinistas de los Alpes del Sur y del Piamonte porque llamaban a sus pastores protestantes: los barbas. Los siglos XVIII y XIX han estado marcados por sus revueltas. Según el General De Campredon había dos tipos de barbets: las tropas regulares, análogas a los Miqueletes en España, y grupos irregulares que ejercían el bandidismo y fusilaban a sus miembros.

(47) MATHIEU-DUMAS, *Compendio de acontecimientos militares sobre las campañas de 1799 a 1814*. Tomo 1.

(48) SHAT. Carta del 15 de enero de 1799 al General Joubert, justificando su acción. B-3-58.

BATALLA DE MARIA

(15 de Junio de 1809)



0 1000 2000 3000
Metros
Kilómetros

Escala de 1:20.000.
Equidistancia entre las curvas 10 metros.

Las del Esp. de la Guerra
Leguas

EL TERCER CUERPO DE EJERCITO

Las tropas de Aragón, «no son precisamente aquéllas de su División de las que estaba tan orgulloso... (49), esos «soldados del norte» de los que habla Saint-Cyr Nugues, bien preparados y encuadrados. Las tropas de Aragón constituyen el III Cuerpo de Ejército: 20.000 hombres, si se da crédito a las cifras oficiales; en realidad 12.000, desanimados, enfermos, indisciplinados. Las pagas retrasadas y las cajas de las unidades vacías, las subsistencias reducidas —desde febrero, no funciona ya la panadería— no hay almacenes, ni establecimientos en un país asolado por la guerra; los hospitales están llenos. El nuevo General en Jefe el 1 de junio de 1809 escribe:

«He encontrado los servicios en un estado deplorable, los transportes completamente inexistentes, falta absoluta de arcones de ambulancia, la artillería, de 40 piezas, no puede enganchar más de 16 tiros, por soldados desgraciados... He visto regimientos desnudos como en el 93, soldados sin calzado y sin pantalones, he encontrado un Cuerpo de Oficiales detestable, muy poco espíritu, un lenguaje y una manera de servir de lo más reprehensible...» (50).

Procedente del Cuerpo de Ejército de Observación de las Costas del Océano, llegado a España en enero de 1808 y participado, bajo el mando de Moncey, en el ataque infructuoso contra Valencia (28 de junio del mismo año), el III Cuerpo de Ejército ha sufrido mucho en Zaragoza. Sobre todo la Infantería, constituida en su mayor parte de reclutas, está considerablemente debilitada. Así, de los 1.532 hombres que el Regimiento núm. 117 tenía como presentes al principio del asedio, no quedaron más que 965 (51). Esta debilidad numérica, desgraciadamente, no está compensada por la fuerza moral,

«Se quejaban del abandono en que se les había dejado, de la injusticia que no había merecido su valor. Después de haber sido protagonistas en los trabajos y en los peligros del asedio... habían visto cómo se concedían las recompensas a los militares del V Cuerpo de Ejército» (52).

(49) C. BARAULT-ROULLON, *Ob. cit.*

(50) SHAT. Carta al Ministro de la Guerra. C-8-28

(51) C. DURAND, *Historial del 47 Regimiento de Infantería.*

(52) L. G. SUCHET, *Ob. cit.* Tomo 1.

A todo ello debe enfrentarse el General en Jefe a su llegada a Zaragoza. Por lo menos, espera antes de llevar a sus tropas contra el enemigo «*poder pasarles revista, hablarles y hacerse conocer de ellas, manejarlas y ejercitarlas, levantar su moral, reanimar la confianza, restablecer el orden y la disciplina*» (53), pero se engaña. Ya el general Blake, que no ignora la situación de los franceses, entra en Aragón con 20.000 hombres y rechaza a la 1.^a División del General Laval; ya sobre las dos orillas del Ebro los campesinos se organizan en bandas que hostigan guarniciones y convoyes. Suchet deja una débil guarnición en la capital, reagrupa sus divisiones y se presenta frente al General español, al que encuentra el 23 de mayo en Alcañiz. Es un fracaso, el III Cuerpo de Ejército, ante la firmeza de los españoles, retrocede en desorden; el pánico —desencadenado por un tambor, al que el General hará fusilar— se añade además a los acontecimientos. No obstante, Blake no lo aprovecha y deja que los franceses se retiren en orden hacia Zaragoza, que alcanzan el 30 de mayo.

Allí Suchet reagrupa su pequeño ejército y le infunde ánimo; es lo que explica en una carta al ministro de la Guerra: «*Tengo a mis tropas en continua actividad, con las armas antes de que amanezca, mientras que mis reconocimientos se extienden a lo lejos... espero de esta manera consolidar la moral...*» (54). Afirmar la moral, devolver la confianza, he ahí el objetivo al que quiere llegar en primer lugar. Para ello, hay que restablecer la disciplina, mejorar el bienestar del soldado y por último, tener ocupado al Ejército. Severidad y justicia, castigos y felicitaciones, son los métodos para restablecer el orden en su Ejército. Sobre todo severidad; en primer lugar con los desertores —la desertión es la plaga de los ejércitos de la época— que son juzgados rápidamente y a continuación fusilados delante de las tropas reunidas; con los traficantes, de todo tipo, a los que hace juzgar o los devuelve a Francia y sobre todo con los oficiales: hace degradar a un oficial polaco del 1.^{er} Regimiento del Vístula por mala conducta y cobardía y devuelve a Francia a seis oficiales del 121 Regimiento de Línea por incapacidad, tanto física como militar.

Al mismo tiempo, completa el vestuario de sus regimientos. Téngase en cuenta que al principio de la campaña le faltan al 10.^o Regimiento, provisionalmente con dos compañías y unos efec-

(53) *Ibidem.*

(54) SHAT. Carta de 4 de junio de 1809. C-8-28.

tivos totales de 235 hombres, otros tantos gorros cuarteleros, 233 capotes y, conforme a la dotación individual reglamentaria (tres camisas y tres pares de zapatos), 235 camisas y 460 pares de zapatos (55). Hace traer de los depósitos calzado y capotes, llena los almacenes, repara la panadería; en una palabra, mejora sensiblemente la condición material del soldado.

Por último, después de haberse desembarazado de todo lo que podía molestar su movilidad, enviando a Tudela y Pamplona, los parques, la impedimenta inútil, así como los heridos y enfermos, mantiene en vilo a sus tropas: «*las tropas tomaban las armas todos los días a las 3 de la madrugada; las revistas frecuentes, ejercicios con fuego real y maniobras ocupaban la jornada del soldado*» (56). Y aunque ha decidido no defender Zaragoza, ocupa a sus hombres en fortificar el monte Torrero, al sur de la ciudad, haciendo trincheras. En cuanto a la Caballería, explora a lo lejos e informa al General en Jefe sobre los movimientos de Blake. Reorganiza y completa la Artillería.

«El General recogía los frutos de su trabajo y de su previsión por la mejora que obtuvo de la moral de sus soldados. Extrañados por los cuidados de que eran objeto, por las revistas frecuentes, por los ejercicios de tiro y las grandes maniobras, como en tiempo de paz, sentían... renacer en ellos el sentimiento casi extinguido de su valor y de su importancia... 15 días así empleados... fueron suficientes para realizar esta metamorfosis, y pusieron al III Cuerpo de Ejército en condiciones, no sólo de esperar al enemigo detrás de las líneas, sino de marchar hacia él y de atacarle en campo abierto» (57).

El 15 de junio, en efecto, Suchet decide atacar a Blake, que se ha instalado en María, casi a la vista de los habitantes de Zaragoza. La lucha es viva y obstinada pero los españoles, derrotados en su ala derecha se repliegan sobre Belchite, donde el 18 de junio los franceses les atacan de nuevo y les baten completamente. Es el fin para el ejército de Blake, cuyos restos son perseguidos hasta Tortosa y Morella. El General en Jefe, que no se siente ya tan fuertemente amenazado, puede desde entonces ocuparse de su Cuerpo de Ejército, de forjarse el instrumento que necesita para cumplir la misión que le confía el Emperador. Su esfuerzo apunta en tres direcciones: primero, los hombres, a continuación la organización, por último, mantener el nivel moral.

(55) Carta del General Moutton al Emperador, citada en *La Guerra de España* (Tomo 1), de GRASSET.

(56) SHAT. Historial del 13.º Regimiento de coraceros. Cartón 99.

(57) L. G. SUCHET, *Ob. cit.* Tomo 1.

Efectivos

Los hombres constituyen la primera preocupación del General, tanto desde el punto de vista de los efectivos como de los ya citados de vestuario, bienestar y moral. Después de la retirada del V Cuerpo de Ejército, el III solamente debe cubrir Aragón, con los siguientes efectivos, cifrados en mayo de 1809: 1.^a División, Laval, 4.483 hombres; 3.^a División, Musnier, 4.798 hombres; Caballería, Vatier, 796 hombres. En resumen, 19 batallones y 9 escuadrones, que totalizan 10.527 hombres (58).

Con estos efectivos, tiene que asegurar las comunicaciones, formar las guarniciones, luchar contra las tropas regulares y, sobre todo, contra las guerrillas, organizar el país; resulta pequeño el número de hombres disponibles. Suchet se dedica a reforzar su ejército para alcanzar, siquiera aproximadamente, ese grado de perfección que son los efectivos teóricos. Empieza por dar caza a los «enchufados», soldados destacados en oficinas, en planas mayores, olvidados en los hospitales; reclama a las regiones limítrofes aquellas unidades de que se han apropiado (59). Navarra retiene dos batallones del 121 Regimiento de Línea y varios destacamentos de los regimientos del Vístula. Su 3.^a División, mandada por el general Habert presta sus servicios en Castilla, completamente destacada. Reclama refuerzos a París: Unidades suplementarias, de Artillería —el Emperador, finalizado el sitio de Zaragoza, ha acaparado casi toda la Artillería—, de Zapadores (mandos, sobre todo), de Caballería «*Arma tan necesaria en este país*» (60). Al III Cuerpo de Ejército le faltan caballos, el país no los proporciona y a menos de capturarlos al ejército enemigo, lo que se hará con frecuencia, se necesita buscarlos en Francia, en depósitos normalmente alejados, como los de Niort o Saintes; de ahí las pérdidas de tiempo, hombres y animales, por cuanto el viaje es duro y las etapas mal organizadas. En consonancia, Suchet se queja del mal estado del ganado recibido de la metrópoli e incluso de su desaparición: el 4.^o Regimiento de Marcha ha perdido 180 hombres y 177 caballos (61).

(58) Estos efectivos comprenden Estado Mayor, Artillería y Zapadores.

(59) Los Gobernadores de Región retenían los Destacamentos de paso, utilizándolos en su provecho.

(60) SHAT. Carta de 9 de junio de 1810 al Ministro. C-8-49.

(61) SHAT. Carta de 24 de enero de 1810. C-8-40. Los Destacamentos, al entrar en España se reagrupaban según su destino en unidades de marcha o provisionales, con el fin de darles seguridad y disciplina.

Finalmente, está el problema de la desertión. En el estado quincenal del 1 de agosto de 1809 figuran 17 desertores en el 1.^{er} Regimiento del Vístula; 13 en el 115 Regimiento de Línea (62). El soldado no deserta por cuestiones ideológicas, sino porque no cobra, está mal alimentado, mal vestido, desconsiderado en una guerra diferente a la que ha conocido hasta ahora. Contra la desertión el remedio único es la pena capital: todo desertor capturado es fusilado con la mayor publicidad posible. En noviembre de 1811, un desertor del 117 Regimiento de Línea, Dallemagne, que exhortaba a sus compañeros a imitarle, fue detenido, juzgado y «*ejecutado en presencia de todo su Regimiento formado*» (63).

Poco a poco, gracias a estas medidas, el III Cuerpo de Ejército aumenta sus efectivos; la situación en el estado quincenal citado del 1 de agosto de 1809 es la siguiente: 1.^a División (en Zaragoza), 8.947 hombres; 2.^a División (en Alcañiz), 9.946 hombres; 3.^a División (en Barbastro), 4.508 hombres; Brigada de Caballería (en Zaragoza), 1.024 hombres y 1.104 caballos; Artillería, que manda el general Valee, 988 hombres; Zapadores mandados por el coronel Haxo, 306 hombres; por último en las plazas de Zaragoza, Tudela y Jaca hay respectivamente 60, 157 y 1.082 hombres de guarnición. Hospitalizados, 7.037 hombres. Los efectivos disponibles suman 25.699 hombres, 2.125 caballos, 26 cañones y 949 carros.

Estos efectivos, aunque importantes, no son suficientes para las tareas a realizar. Es cierto que los refuerzos llegan, pero los reclutas están cansados; su instrucción en los Depósitos ha sido incompleta y, sobre todo, no alcanzan en su totalidad el destino final. El camino desde el Depósito a Zaragoza es largo y el viaje, como se ha citado, está mal organizado. Por ejemplo el Batallón de Marcha del Vístula (Depósito de Sedan) ha incorporado 1.212 hombres. Sobre esta cantidad, 61 se han quedado en Francia en el camino, 286 ingresaron en hospitales franceses y 44 en hospitales españoles, 7 se quedaron rezagados. Por todo ello, según consta en la carta mencionada del 24 de enero de 1810, el III Cuerpo de Ejército recibe solamente 814 reclutas. En otra carta de 20 de octubre de 1810, se señala que un Destacamento polaco compuesto por 749 hombres, deja en el camino 94 enfermos y... 100 prisioneros (64).

(62) SHAT. Estados quincenales. C-8-356.

(63) F. ROUSSEAU, *La carrera del Mariscal Suchet*.

(64) SHAT. C-8-56.

Con el fin de remediar estas dificultades, el General en Jefe organiza, en agosto de 1811, las etapas para el camino desde Francia a Zaragoza (65) en tres partes (con dos días de víveres para cada una de ellas):

- Urdos a Canfranc; Canfranc a Jaca.
- Jaca a Anzánigo; Anzánigo a Ayerbe.
- Ayerbe a Zuera; Zuera a Zaragoza.

La desertión no desaparece completamente a pesar de lo arriesgado de las medidas tomadas; y aunque afecta muy poco a «los antiguos» del III Cuerpo de Ejército, hace estragos entre los reclutas. Suchet escribe el 19 de marzo de 1810: «*De los 295 hombres procedentes del Departamento del Loire han desertado 250*» (66). Más tarde, el 4 de septiembre de 1811, señala todavía que los 400 hombres del 6.º Regimiento Italiano han desertado en Francia (67).

Las enfermedades también ocasionan merma de efectivos; así consta con fecha de 31 de octubre de 1810 que desde primeros de ese año han muerto en España 22.817 hombres, de los que 3.018 pertenecen al III Cuerpo de Ejército (68). Los hospitales están siempre llenos, incluso con enfermos que no son de esa Gran Unidad. Todo esto supone un déficit en hombres de al menos un Regimiento. Otra cuestión que incide en el mismo sentido es la del personal «destacado» en el seno del propio Cuerpo de Ejército, como esos 130 hombres del 5.º Regimiento Ligero cuya situación particular inquieta al Ministro de la Guerra (69); o los «recuperados» para otros ejércitos, como ese destacamento de cincuenta hombres del 4.º Regimiento de Húsares, que desde 1808 falta del Regimiento y está agregado al I Cuerpo de Ejército. Asimismo, las escoltas de prisioneros —el 15 de junio de 1810 se necesitaron 1.056 hombres, ausentes durante un mes, para escoltar a 7.748 españoles hechos prisioneros en Lérida (70)—, las misiones enviadas a Francia para recibir material y vestuario, los jinetes desmontados expedidos a los Depósitos, los soldados de Infantería prestados a los Zapadores para servir en los equipos de sitio.

(65) SHAT. Informe diario del 15 al 21 de agosto. C-8-79.

(66) SHAT. Carta al Ministro de la Guerra. C-8-44.

(67) SHAT. Carta al Ministro de la Guerra. C-8-80.

(68) SHAT. C-8-62.

(69) SHAT. Carta al General Suchet (8 de agosto de 1811). C-8-71.

(70) SHAT. Estados quincenales. C-8-356.

A todo ello se suman las consecuencias de las decisiones del Emperador, pese a que éste no duda en proporcionar refuerzos cuando se necesitan: Suchet recibirá una división italiana (7.000 hombres) y otra napolitana (2.670 hombres) para el sitio de Tarragona y en el de Valencia contará con 41.091 hombres y 6.371 caballos merced al refuerzo de dos divisiones de reserva (71). Sin embargo será el Emperador quien reclame hombres y unidades y modifique los efectivos.

Organización de los Servicios

El III Cuerpo de Ejército está mal organizado, es como una masa «abigarrada» sin pagas —el pagador de los ejércitos ha huido con la caja—, mal alimentada y mal cuidada. Su jefe toma las riendas y en el plazo de cinco años no dejará pasar semana sin que se reúna con todos los responsables de su ejército para asegurar su buena organización. Logra que se pague regularmente a partir del 1 de agosto de 1809. Cuestión importante si se considera que la división napolitana no cobra sueldo ni masita desde hace cuatro años. Organiza el vestuario, sobre lo que escribe «*las agencias de Bayona trafican con el vestuario dando preferencia al que paga*» (72); envía unidades a Francia a «*recompletarse*»; facilita la compra de calzado, como es el caso de la división italiana, a la que proporciona 25.000 francos, el 27 de abril de 1811, para la compra de un par de zapatos por hombre y al mismo tiempo ofrece un crédito para la confección de 600 capotes (73).

Respecto a los víveres, se ha mencionado cómo se volvió a poner en marcha la panadería —en 1812 creará, incluso, una compañía de panaderos (74)—; completa o crea nuevos almacenes; compra ganado en vivo en España y Francia y asigna un rebaño a cada Cuerpo; codifica la ración «*tres cuartos de ración de un pan mezclado con maíz y arroz o de legumbres, en sustitución de la otra parte*», señalando un suplemento a los reclutas (75); crea manufac-

(71) SHAT. Estados quincenales. C-8-357.

(72) SHAT. Carta de 16 de noviembre de 1810. C-8-60.

(73) SHAT. Carta sobre el estado de la división italiana. C-8-70.

(74) SHAT. C-8-88.

(75) SHAT. Estados quincenales, marzo de 1812. C-8-357.

turas para fabricar galletas en Daroca, Alcañiz, Huesca y Zaragoza, y confía la distribución del vino a la Administración de los Bienes Nacionales (76).

El Servicio de Sanidad de su Cuerpo de Ejército está compuesto por tres médicos principales y cuatro ordinarios, 34 cirujanos, 25 farmacéuticos y 23 empleados, con sus ambulancias a nivel divisionario. El 1 de octubre de 1810 recibe una compañía de enfermeros militares. Se crean o restauran hospitales en las grandes ciudades, algunos de los cuales se confían a españoles; se organizan casas de convalecientes, como la de Castellón de la Plana; se envía personal a tomar las aguas y los estados quincenales reflejarán que «*la salud de los soldados mejora cada día*».

Nivel moral

En el pensamiento de Suchet está que la moral de la tropa se basa en el bienestar del soldado, idea que se refleja a propósito de la división italiana:

«Estoy convencido que la desertión que se ha deslizado en esta tropa es debida al estado de indigencia en el que se encuentra (77). Pero es preciso ir más lejos, hacer del III Cuerpo de Ejército un instrumento de combate, en una palabra, instruirlo. A ello se dedica el General en Jefe, lo hemos visto desde el principio de su mando. Las consignas son estrictas, es necesario una continua actividad, mantener al enemigo en vilo, pero también a su tropa, tiros, ejercicios de fuego, maniobras, reconocimientos, construcción de carreteras, de acantonamientos se sucederán sin descanso». «Hacer construir buenos barracones; que los campamentos estén bien mantenidos, las tropas con el armamento de 4 a 6 horas. Prescribir el ejercicio para las tropas y ordenar que ellas maniobren al menos dos veces por semana. Serán necesarios reconocimientos tanto de día como de noche» (78).

Con este régimen, el resultado no se ha hecho esperar. Citemos dos valoraciones de Suchet, la primera de enero de 1810: «*Mejor espíritu del III Cuerpo de Ejército, que en el último trimestre de 1809 ha dispuesto de tres pares de calzado por hombre*» (79). Más

(76) SHAT. Estados quincenales, 1 de enero de 1810. C-8-356.

(77) SHAT. Carta al Ministro (27 de abril de 1811). C-8-70.

(78) SHAT. Carta al General Frere (26 de julio de 1811). C-8-76.

(79) SHAT. Estados quincenales. C-8-357.



D. Joaquin Blake y Joyes, Capitán General, fundador del Cuerpo de Estado Mayor.
(Retrato al óleo existente en el Servicio Geográfico del Ejército)

tarde, en carta al Mayor General (diciembre de 1812). se refiere a que «*les ha hecho hacer (a su tropa) ejercicio con fuego real, está contento de su salud, disposición y porte, de su armamento e instrucción*» (80). Endurecimiento, buena moral, instrucción elevada, disciplina; poco a poco se forja el instrumento: de unidades desalentadas, sin dinamismo, dispuestas a desbandarse, en menos de un año ha logrado Suchet un ejército... «*El III Cuerpo de Ejército se había convertido en una tropa de élite, llena de confianza en sí misma y en su general*» (81). Este, que les está agradecido por sus esfuerzos, recompensa los méritos, deshace cntuertos, felicita a la Infantería y no se olvida del tren de bagajes. Precisamente el 12 de enero de 1812, después de la ocupación de Valencia, sabiendo que los Zapadores cobran un mes de paga de gratificación después de cada asedio, que la Artillería se distribuye el precio de la venta de las campanas de la ciudad conquistada, pide una indemnización para la Infantería (82).

El Mariscal Mac Donald manifiesta que «*las unidades del III Cuerpo de Ejército, hermosas, numerosas, vestidas, calzadas, bien entretenidas, con sus depósitos a mano, abundantemente provistas y gozando de todas las facilidades y comodidades de la vida...*» (83) se han convertido en un ejemplo para todos y motivo de envidia.

Toda la acción de Suchet se resume en eso. Unos hombres satisfechos de su estado, equipados, instruidos, con moral elevada, tales son los soldados que componen el III Cuerpo de Ejército; ellos pueden mantener, emprender la obra a la que los destina su jefe: *la pacificación*.

(80) SHAT. C-8-39.

(81) SHAT. J. SARRAMON, *Tesis sobre la «Guerra de la Independencia de la Península Ibérica»*.

(82) SHAT. Carta de 12 de enero de 1812. C-8-90.

(83) Memoria de Mac Donald sobre el estado comparativo de los ejércitos de Cataluña y Aragón. C-8-65.

PACIFICAR

El 19 de junio de 1809, en su proclama a los habitantes de Aragón, Suchet afirma que «*la batalla de Zaragoza asegura la tranquilidad de vuestro país, la de Belchite ha asustado a los enemigos del Emperador y precipitado su huida más allá de las fronteras de Aragón...*» (84). Es verdad, el ejército de Blake ha desaparecido y su material y almacenes fueron capturados. Los franceses, acogidos con gran alborozo en la capital, ocupan la línea del Cinca hasta la frontera de Cataluña. Pero este ejército enemigo aplastado «*a pesar de su fuerza numérica... era realmente sólo un auxiliar en la causa que defendía*» (85). En efecto, las victorias francesas no han desarmado a los guerrilleros. Estas bandas hostigan a nuestras tropas y nos obligan a la defensiva: ¿No se necesita un regimiento entero, el segundo del Vístula, para mantener el correo? La dispersión del ejército regular va a ser aprovechada por la insurrección.

«El resto de este ejército, de vuelta a sus hogares o disperso por el país, sirve para aumentar y reforzar las partidas de guerrilleros ya formadas, que reclutarán buenos oficiales y soldados adiestrados. Resparecerán más fuertes y numerosas que antes... Entonces comenzó realmente... ese nuevo sistema de resistencia... que defendió el país más eficazmente que la guerra regulada de los ejércitos disciplinados, porque... (era) más conforme a las localidades y carácter de los habitantes» (86).

Aparecen guerrillas en la sierra de Calatayud, alrededor de Huesca, de Barbastro, donde no dudan en raptar a los notables instalados por los franceses, en las proximidades de Paniza —en el convento de Nuestra Señora del Aguila, con unos tres mil hombres—, en los valles de Ansó y del Roncal. Este último se enorgullece de no haber sido invadido nunca. Sus jefes más notables son el Padre Teobaldo, Perena, el coronel Gayán, los generales Renovales y, sobre todo, Villacampa, del que Aragón es su «feudo».

Frente a estos movimientos, que el Gobierno central de Cádiz se esfuerza en coordinar, sin lograrlo siempre, Suchet se conside-

(84) SHAT. C-8-28.

(85) L. G. SUCHET, *Ob. cit.* Tomo 1.

(86) *Ibidem.*

ra aislado, sin información y sin posibilidad de ejercer su autoridad más allá del terreno que ocupa. Tres condicionantes que le indicarán las tres direcciones a seguir en su acción pacificadora.

Después de su victoria sobre Blake, Suchet juzga rápidamente la situación y decide hacer un esfuerzo contra los guerrilleros organizando «columnas móviles».

«No pudiendo aumentar el número de sus soldados, él podía multiplicarlos por la rapidez de sus movimientos y de este modo encontró el suplemento que le era preciso a su actividad y bravura» (87).

Así, conducidos por los hombres que han recibido como consigna «*arreglárselas solos*» (88), las columnas móviles del III Cuerpo de Ejército « *cubren continuamente el país*» (89).

Pero también se hace necesario ocupar los pueblos. Para pacificar, puesto que tal es el objetivo del Gobernador de Aragón, se precisa estar presente, asegurarse un dominio, actuar a la manera de una mancha de aceite. Establece núcleos permanentes de tropa en los centros urbanos importantes: Zaragoza, Alcañiz, Huesca, Catalunya. También en puntos de paso obligado.

«He tenido siempre un comandante en Mora, porque tiene que defender una cabeza de puente y puede dar caza a las partidas de la margen izquierda, al mismo tiempo que asegura el paso de los barcos que llevan el grano de Mequinenza a Tortosa» (90).

Estas guarniciones, bien dotadas de víveres y municiones, viven entre la población a la que vigila y con la que se codea; se crean lazos, se realizan intercambios y poco a poco la unidad francesa, polaca o italiana se convierte en parte integrante de la ciudad donde está acantonada. Esta cohabitación permite, por otra parte, obtener lo más preciso en esta guerra: la información.

Estar informados es disponer de un tercer instrumento para la pacificación. Esta información la obtiene Suchet no sólo por-

(87) *Ibidem.*

(88) SHAT. Informe quincenal del 15 de mayo de 1811. C-8-356.

(89) SHAT. Informe quincenal del 15 de enero de 1810. C-8-356.

(90) SHAT. Carta al General Reille (22 de enero de 1812). C-8-89.

que sus tropas viven entre aragoneses sino porque ha creado una red de espías a cuyo mantenimiento dedica cantidades generosas de dinero. Cuatro mil francos envía al General Reille para «*gastos de espionaje*» (91).

La política seguida en las tres direcciones citadas proporciona rápidamente sus resultados. Una vez dispersado el enemigo, se establece un clima de confianza, la acción pacificadora se extiende como mancha de aceite, la circulación vuelve a ser normal, se renueva la actividad comercial y las gentes vuelven a sus casas. El General en Jefe puede, a partir de ahí, sentirse disponible para nuevas empresas, alejar los peligros y «*preservar Aragón, por cuanto es de esta región de la que espero mis recursos para vivir*» (92). Método de una gran prudencia en la dirección general de la guerra y que exige, a su vez, audacia y perseverancia sobre el terreno. A continuación se trata la aplicación de este método, en el proceso de desarrollo de las sucesivas campañas.

El control de Aragón

Las victorias de María y Belchite no han mejorado la situación de los franceses que, a su pesar, sólo ocupan realmente la zona de Zaragoza y el camino que desde allí conduce a Navarra. Rompiendo el cerco que le inmoviliza, Suchet se dirige en primer lugar hacia Jaca, a la que abastece; vuelve sobre sus pasos y en la noche del 19 al 20 de julio se reúne con los cuatro batallones y cien coraceros de guarnición en Cariñena, al sur del Ebro. Al despuntar el día, cerca la posición de Nuestra Señora del Aguila, defendida por Gayán, destruye su campamento y se apodera de sus abastecimientos y municiones. Luego ocupa Daroca y Calatayud y marcha de nuevo sobre Jaca, a la que libera definitivamente, destruyendo el convento de San Juan de la Peña, convertido en plaza fuerte.

El mismo proceso se repite sobre la frontera catalana, dispersando las partidas de Perena, Pedrosa y Baguet, a las órdenes de Renovales. Después de la ocupación de Fraga, Monzón y Benasque «*toda la orilla izquierda del Ebro volvió al orden y a la sumisión de modo que el ejército francés pudo extender sus acantonamientos y su influencia*» (93).

(91) SHAT. *Ibidem*.

(92) SHAT. Carta al General Reille (9 de diciembre de 1811). C-8-86.

(93) L. G. SUCHET, *Ob. cit.* Tomo 1.

Sometido el norte de la región, los franceses se extienden por el sur. Entre las numerosas acciones contra las guerrillas, de uno y otro signo, cabe citar la derrota del General español Lavalle en Caspe ante el Coronel Dupeyroux y la ocupación del santuario de Nuestra Señora del Tremedal, defendido por Villacampa, que tras una estratagema consigue el Coronel Henriod al frente de una columna móvil. Finalmente se conquista Albarracín y el 26 de diciembre de 1809, Teruel. El 21 de noviembre de este año, Suchet escribía, a modo de balance, al Mayor General:

«Si por nuestros éxitos y una conducta sostenida no hemos llegado a someter enteramente, al menos hemos conseguido partidarios suficientes para dividirlos y romper esa sorprendente discreción que nos impedía conocer sus menores intenciones» (94).

Gracias a la acción pacificadora y a la creciente regulación de la administración, se abre paso la neutralidad y, en ocasiones, una cierta cooperación. Antiguos guerrilleros no dudan en tomar las armas para defender sus cosechas contra las incursiones de las guerrillas e, incluso, servir en nuestras filas. Por ejemplo, un antiguo jefe de guerrillas de Barbastro (95) —cuya fortuna supera los dos millones de reales— se ofrece para organizar a su costa una Compañía de Gendarmería, proposición que fue aceptada,

«...a pesar del peligro que existe en dar armas a los habitantes... (pues) si él cumple como tengo motivos para creerlo, prestará más servicios que un batallón en los numerosos desfiladeros de esta parte de Aragón... Tengo como garantía de su conducta su familia y su fortuna». De esta manera «se han formado dos compañías en Benasque, para la seguridad de este valle y otra se forma en Jaca y hace mucho bien» (96).

La defección de estos españoles, conocedores de su región, supone un auxilio para la información de los franceses, que están informados de todo. De modo que al comienzo de 1810, que además llegan destacamentos de refuerzo de los Depósitos, el III Cuerpo de Ejército controla Aragón. Ahora se puede pensar en extender la pacificación fuera de la región, hacia Lérida, Mequinenza y Tortosa, con la ventaja de facilitar el enlace con el VII Cuerpo de Ejército de Cataluña y proporcionar una salida hacia el Medite-

(94) SHAT. C-8-34.

(95) SHAT. Carta al Mayor General (11 de enero de 1810). C-8-39.

(96) SHAT. Carta al Mayor General (4 de enero de 1810). C-8-39.

rráneo. A estas intenciones se antepone la orden recibida de actuar contra Valencia, expedición que como se ha mencionado constituye un fracaso. Después de cinco días ante esa gran plaza, sin medios suficientes de sitio ni ataque, se ve obligado a replegarse, cuando ya el camino de vuelta —de Segorbe a Teruel— «*estaba amenazado o interceptado por las partidas enemigas*» (97). Teruel, incluso, la última guarnición francesa hacia el sur, estará sitiada por Villacampa durante algún tiempo.

Los sitios de Lérida y Tortosa

Después de un «*movimiento excéntrico*», de vuelta ya en Aragón, se emprende el sitio de Lérida, que comienza el 13 de abril. Durante un mes los franceses, con trece mil hombres, hacen frente a las salidas de los sitiados, a los ataques de las tropas regulares de O'Donnell, batidas en parte por Margelef, pero también a las guerrillas, muy activas en esta zona y de las que no se sabe nada.

«El espionaje era muy difícil en una comarca nueva para nosotros, donde cada habitante era un enemigo. El odio estaba presente por todas partes y disimulaba todo...» (98).

El 14 de mayo (99), se rinde Lérida, que supone «*el dominio sobre varios valles, libre acceso a los valles altos y una plataforma de apoyo sobre las posiciones más fuertes de Cataluña*» (100). El 114 Regimiento de Línea se queda de guarnición en la ciudad, se organiza la posición y se persiguen y dispersan las concentraciones de *somatenes* (101) que aparecen por todas partes. En la ciudad «*la limpieza y el orden han sucedido a los primeros momentos de desorden, los mercados están bien abastecidos y el catalán, más diligente que el aragonés, ha vuelto a sus costumbres habituales*» (102).

(97) L. G. SUCHET, *Ob. cit.* Tomo 1.

(98) *Ibidem.*

(99) El 13 de mayo los franceses asaltaron a viva fuerza la Plaza y rechazaron hacia el «Castillo», último reducto de la defensa, a tropas y habitantes en desorden. Los civiles, reducidos a tal espacio, sometidos a un intenso bombardeo, se desanimaron rápidamente y obligaron al jefe de la Plaza a rendirse.

(100) W. NAPIER, *Ob. cit.* Tomo 5.

(101) Se designa así en Cataluña las levas de campesinos armados, no incluidos en regimientos. Se reúnen a rebato. Somatén, equivalente a tumulto.

(102) SHAT. Carta al Mayor General (12 de junio de 1810). C-8-49.

A continuación se pone cerco a Mequinenza, donde confluyen el Segre y el Ebro y desde donde este río se hace navegable. Batida la ciudad sin interrupción, cae el 8 de junio, abriendo así el camino de Tortosa. El 13 de junio es Morella, importante fortaleza sobre la ruta a Valencia, la que se rinde sin resistencia al General Montmarie. Así pues, en tres meses, mediante operaciones rápidas y victoriosas, Suchet se ha asegurado una frontera fortificada contra los ejércitos de Cataluña y Valencia, bases sólidas para operaciones ofensivas, la posesión de territorios fértiles y la navegación sobre el Ebro, además de la posibilidad de cooperación con el VII Cuerpo de Ejército. Suchet es ahora completamente dueño de Aragón. La administración confiada a los españoles funciona a satisfacción.

«Esta región fértil estaba sometida y tranquila. Los almacenes franceses estaban perfectamente abastecidos y los convoyes iban de un lugar a otro, bajo la única guardia de comisarios españoles y de los conductores» (103).

Por eso, cuando recibe la orden de emprender el sitio de Tortosa está preparado. Ha constituido unos depósitos en Caspe, Alcañiz y Mequinenza, desde donde puede llegar a Tortosa por el río. Además decide abrir un camino por la orilla derecha del Ebro (104). Entonces, dejando doce mil hombres a las órdenes del General Musnier para asegurar la tranquilidad de Aragón, lanza sus divisiones —16.900 hombres— sobre Tortosa. Sin embargo, cercada la Plaza desde el 6 de julio por la acción concéntrica de los generales Laval y Habert, no se rendirá hasta el 2 de enero de 1811, después de haber sufrido «seis meses de semibloqueo, diecisiete días de asedio, trece noches de trinchera abierta y cinco días de fuego» (105).

En efecto, privado durante cinco meses del apoyo del Cuerpo de Ejército de Mac Donald, empeñado sobre Tarragona, Suchet se mantiene a la defensiva. Defensiva activa, no sólo en relación a las salidas muy numerosas de los sitiados, sino porque el enemigo —los ejércitos ordenados de O'Donnell y Bassecourt y las partidas

(103) W. NAPIER, *Ob. cit.* Tomo 7.

(104) Este camino, de unas veinte leguas, va desde Mequinenza a Cherta y fue construido por zapadores a las órdenes del General Rogniat. Se emplearon diariamente de mil a mil doscientos soldados de Infantería, a quienes se pagaba la jornada como en la trinchera.

(105) L. G. SUCHET: *Ob. cit.* Tomo 1.

guerrilleras—, conociendo la situación en que se encuentra el III Cuerpo de Ejército, no pierde la esperanza de sublevar Aragón y actúa en este sentido. Villacampa espía «*desde las fronteras de Castilla la ocasión de perturbar las operaciones...*» (106); El 7 de agosto arrebató al Coronel Plicque un rebaño de seis mil corderos (la víspera había hecho lo mismo con el Capitán Canteloube); por todas partes se opone al pago de las contribuciones y del trigo, amenazando de muerte a los alcaldes y corregidores predispuestos a pagarlo. La agitación se apodera también de la comarca de Cinco Villas, aterrorizada por las bandas de Navarra, dirigidas por Espoz y Mina. Incluso en Zaragoza, los españoles, que cuentan con información dentro de la Plaza, «*inundan la ciudad de panfletos..., aunque el espíritu de los habitantes es bueno y la policía se muestra vigilante y activa*» (107).

«Todos nuestros puestos fortificados fueron desde entonces amenazados, ataques frecuentes comprometieron las pequeñas guarniciones que los ocupaban (108). Este período fue el más difícil para el III Cuerpo de Ejército que «*tuvo que sufrir muchas privaciones y no pudo hacer ningún progreso en la conquista de Cataluña*» (109).

La creación de una Junta rebelde compuesta por grandes propietarios aragoneses reanima la subversión. Villacampa se refuerza; las partidas de Navarra y Calatayud cooperan al estrangulamiento de las comunicaciones francesas; desde Tarragona y Valencia afluyen sobre Tortosa. El general Chlopisky, con siete batallones de élite y cuatrocientos jinetes, marcha rápidamente contra Villacampa derrotándolo en Alventosa (31 de octubre) y Fuente Santa (1 de noviembre); sobre los lugares queda una fuerza de 1.200 hombres para vigilar los movimientos del jefe de los guerrilleros. Suchet decide,

«... emplear útilmente a las personas que el enemigo podría reunir contra nosotros...(ordenando) la formación de seis compañías de fusileros pagadas mediante una contribución adicional. Los aragoneses son muy adecuados para convertirse en buenos soldados y, sobre todo, excelentes guías; son fuertes, ágiles y sobrios; aquéllos que yo he probado pelean valerosamente; algunos de ellos han sido heridos o muertos en diferentes acciones. Su aversión natural contra catalanes y valencianos hace que no se tema su desertión» (110).

(106) *Ibidem.*

(107) SHAT. Carta al Mayor General (30 de octubre de 1810). C-8-58.

(108) L. G. SUCHET: *Ob. cit.* Tomo 1.

(109) W. NAPIER, *Ob. cit.* Tomo 7.

(110) Archivos Nacionales (A. N.) Informe a Berthier de 22 de noviembre de 1810. AF IV 1626.



El Empecinado, por Salvador Martínez Cubells
(Real Academia de la Historia, Madrid)

Entre las medidas de orden administrativo y «psicológico» se pueden mencionar las siguientes: Solicitar autorización para traer ganado de Francia (en seis meses el ejército que realiza el asedio ha consumido en carne 120.000 corderos y 1.200 vacas). Abrir los almacenes del ejército a los municipios cuyas cosechas hubieran sido devastadas. Reunir en Mora a los notables de la región para determinar un nuevo sistema de administración que permita a los españoles una mayor responsabilidad y disponibilidad de recursos.

«Estoy convencido, que no pudiendo cubrir con las tropas todo el país bajo mi mando, convenía más a los intereses del ejército interesar a los pueblos en la conservación de los productos nacionales, concediéndoles un cuarto de las rentas... por cuanto los pueblos están dispuestos a no dejarse despojar por los bandidos...» (111).

Cuando el 14 de diciembre se le une por fin Mac Donald, Suchet puede, asegurada la fidelidad de Aragón, comenzar realmente el asedio de Tortosa tanto tiempo demorado. El 2 de enero, la ciudad se rinde (112) dejando 9.461 prisioneros, 182 bocas de fuego, nueve banderas y numerosas municiones. El General Musnier, nombrado al frente del gobierno, reorganiza la administración. Las operaciones siguen: el fuerte de Balaguer cae en poder de los franceses, se arma el fuerte de La Rápita y se asegura el control de la desembocadura del Ebro. En relación con el norte, Suchet manifiesta su opinión en estos términos: «*No soy partidario de penetrar en Navarra, pues supondría extendernos y debilitarnos; vale más convertirse en dueños del país cuya custodia nos ha sido confiada que correr sin cimentar nada*» (113).

Los sitios de Tarragona y Valencia

El General en Jefe recibe en marzo la orden de conquistar Tarragona, ciudad que el Emperador acaba de agregar al gobierno

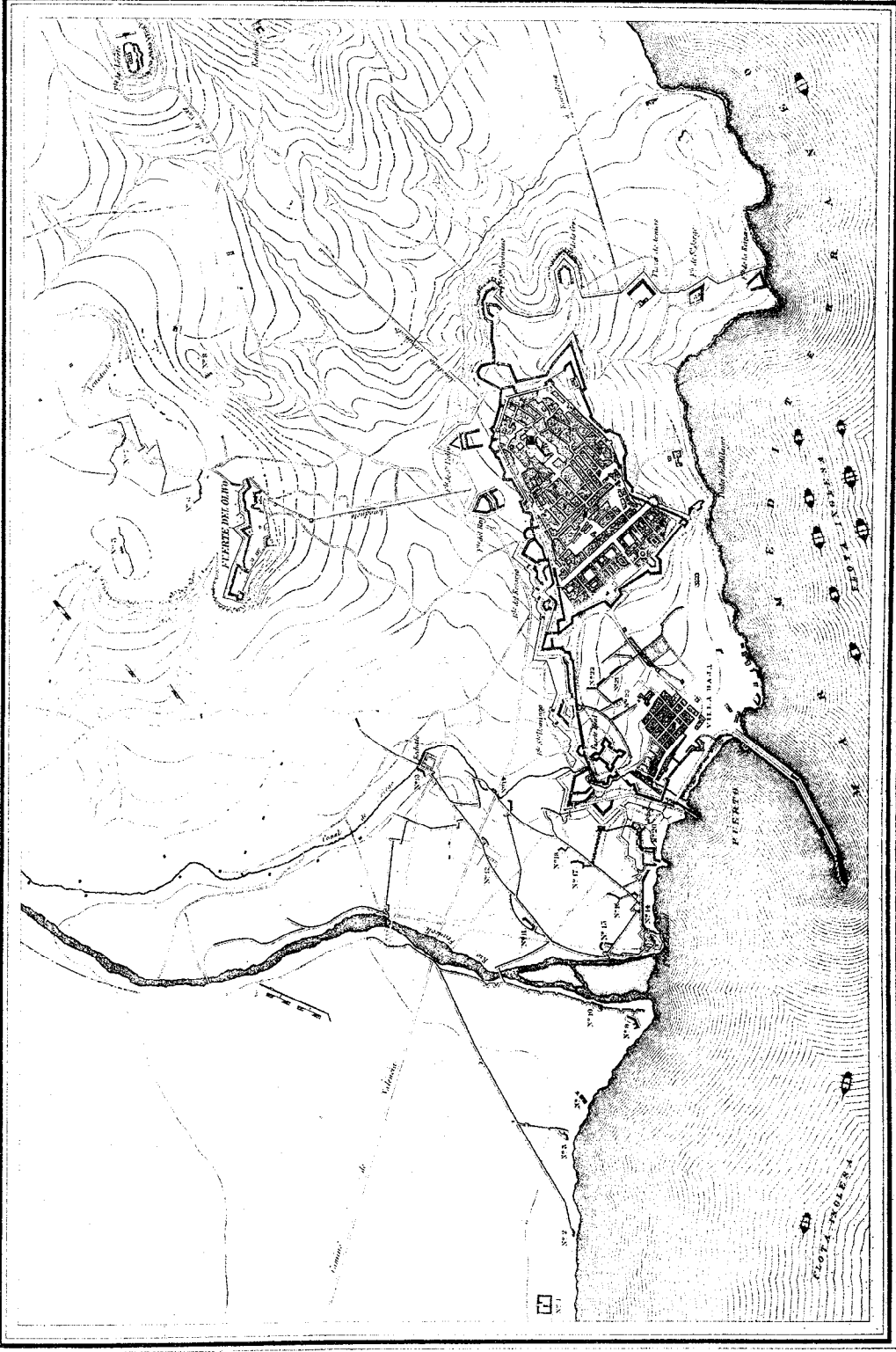
(111) SHAT. Carta al General Reille de 11 de junio de 1812. Está escrita cuando Reille que ha tomado el mando de Aragón, a las órdenes de Suchet, se halla enfrentado a las guerrillas. El pasaje citado trata de la acción del Mariscal en la época del asedio de Tortosa y pretende convencer a Reille para actuar de la misma manera.

(112) Tortosa capituló gracias a la actuación personal de Suchet, que percibiendo la duda de los españoles respecto a la conducta a seguir, penetró en la ciudad escoltado solamente por su Estado Mayor y una Compañía de granaderos, «echándose un farol» ante los puestos de guardia y después amenazando a la guarnición con las peores desgracias, lo que obligó al Gobernador a capitular.

(113) SHAT. La misma carta de la nota 111.

PLANO DEL SITIO DE TARRAGONA

AÑO 1811



Escala de 1:10.000.

Numero 22

Legenda

Explicacion de las demarcaciones

Los que se refieren de la guerra.

de Aragón. Los almacenes de Lérida y Mora están perfectamente abastecidos; en Tortosa se reagrupa un importante material de artillería y zapadores. En cuanto a los víveres, fusiles o caballos se compra o requisita sobre el terreno. Los efectivos se elevan a 49.109 hombres y 6.136 caballos (114) por el refuerzo de dos divisiones italianas, una francesa y otra de Caballería. A la defensa de Aragón y la seguridad de las comunicaciones se dedican doce mil hombres, no sólo contra Mina (115), El Empecinado y la División de Villacampa, sino contra el ejército de Valencia. Después de la caída por sorpresa de Figueras, Suchet pasa revista a sus tropas en Lérida y se pone camino de Tarragona.

«... se pagó un mes de sueldo a todo el ejército; los soldados llevaban seis días de víveres encima; 2.600 quintales de harina se cargaron en carros o mulos que seguían la marcha de la Infantería» (116).

El 4 de mayo se pone sitio a la Plaza frente a la resistencia de los españoles y los fuegos de la flota inglesa. El asedio dura hasta el 28 de junio en que se asalta la ciudad, se hacen diez mil prisioneros y se toman veinte banderas. A continuación se procede a la pacificación de la Baja Cataluña, región que se muestra descontenta con los escasos resultados obtenidos por las tropas insurgentes, en su mayoría no catalanes (117).

El 8 de julio de 1811 Suchet, nombrado Mariscal del Imperio, vuelve a tomar el camino de Zaragoza con objeto de preparar la expedición contra Valencia. Quiere actuar con método riguroso por cuanto no olvida la desgraciada empresa de 1810. En primer lugar dispersa las partidas de Villacampa y de Obispo, que amenazan Teruel y Albarracín, y lanza al General Compere desde Calatayud sobre Castilla para expulsar a Campillo. Crea almacenes en Tortosa, desde donde los víveres serán transportados por unas «brigadas de mulos» (118) detrás del ejército. Devuelve a Francia

(114) SHAT. Estados quincenales de 15 de abril de 1811. C-8-357.

(115) Se trata de Espoz y Mina, tío del guerrillero Mina ya mencionado, quien hecho prisionero estuvo retenido en Francia hasta el final de la guerra.

(116) L. G. SUCHET, *Ob. cit.* Tomo 2. El 10 de mayo el intendente Lacuee escribe: «El 1 de mayo, cada Unidad ha recibido un rebaño para alimentarse durante dos meses, quedan ochocientas vacas para los hospitales. En esa fecha los servicios del ejército en víveres y carne, estarían más o menos asegurados hasta mediados de julio». C-8-71.

(117) Informe quincenal del 8 de agosto de 1811 «... los campesinos decían que no querían ya en Cataluña más que catalanes...». C-8-77.

(118) La novena brigada de mulos contaba con 70 hombres y 109 animales. C-8-357.

a sus soldados más cansados y los reemplaza por reclutas de nuevas levás. Instala ocho mil hombres para cubrir la navegación por el Ebro y ocupar Lérida y Tarragona. Deja otra cantidad similar con Musnier para asegurar la tranquilidad de Aragón. Finalmente, el 15 de septiembre, apremiado por el Emperador, entra en el reino de Valencia al frente de veinte mil hombres. El 23 llega a Sagunto, y no pudiendo apoderarse de la Plaza por sorpresa, decide sitiarla.

Mientras tanto el Mariscal se esfuerza en mantener expeditos los caminos hacia Tortosa, cortados continuamente por las guerrillas y por las tropas de Blake. El 30 de septiembre, el General Palombini que manda la División italiana bate a Obispo en Segorbe. El 1 de octubre Harispe derrota a O'Donnell en Benaguasil. El 10 del mismo mes, gracias al acopio de artillería, se toma Oropesa al asalto. Se activa el sitio de Sagunto, que, a pesar de la intervención de Blake que se bate el 25 bajo sus muros, se rinde el día 26. Sin embargo la situación de la retaguardia sigue siendo alarmante. El Empecinado y Durán, reunidos, ocupan Calatayud; Mina desde Navarra saca todo el provecho posible de la comarca de Cinco Villas, bate en Zuera a un destacamento francés de mil cien hombres y sesenta caballos y se presenta a las puertas de Zaragoza.

Suchet pide refuerzos que le son concedidos (119) y gracias a ello, toma de nuevo la iniciativa. Restablece las comunicaciones con Francia por Jaca; El Empecinado es batido en Cubilleso, Durán en La Almunia, Campillo en Anadon por Bugeaud; surge el incidente de Peñarroya, cerca de Morella, donde los jóvenes se niegan a seguir a los guerrilleros y matan dos de ellos. Esta acción es premiada por Suchet (120). La acción pacificadora se acelera, «*el Coronel Milet, que he mandado destacado a Segorbe con trescientos hombres escogidos de su Regimiento ha restablecido toda esa comarca por su firmeza y sagacidad*» (121). El 26 de diciembre de 1811, el ejército pasa el río Guadalaviar y sitia la ciudad, donde Blake se ha encerrado con 18.000 hombres. El 5 de enero de 1812 comienza el bombardeo de la Plaza, en la que 150.000 ciudadanos se amontonan sin protección. Blake, presionado por los notables capitula el 9 de enero; 18.000 hombres, 20 banderas, 2.000 caballos y 390 piezas de artillería caen en manos del ejército de Aragón.

(119) La División italiana Severoli: 7.000 hombres y 600 caballos.

(120) SHAT. Estados quincenales de 1 de diciembre de 1811. C-8-357.

(121) SHAT. Carta al ministro (9 de diciembre de 1811). C-8-86.

ORGANIZAR

El aspecto militar de la pacificación comprende la dispersión y destrucción de las partidas de guerrilleros, el refuerzo de las plazas y el restablecimiento del orden. Pero en España, como se ha visto, se hace preciso utilizar *«no sólo medios destructivos, sino también los que puedan proporcionar una política hábil, cimentada en el conocimiento reflexivo del estado de las cosas y de la situación de los espíritus»* (122). No basta la acción militar; ha de ser política y militar al mismo tiempo. Se necesita pacificar, desarmar, pero también organizar, dar confianza, serenar los espíritus.

Todo esto lo sabe Suchet; sabe también que una buena organización y una administración saneada y eficaz han sido la clave de su éxito, incluso de su supervivencia. ¿Habría podido consumir el sitio de Tortosa o el de Tarragona sin tener en cuenta que en Aragón se trabajaba para él y su Cuerpo de Ejército?

Se ha dicho que el arte de vencer comporta el de la supervivencia de las tropas. Esta afirmación, justificada ya en una época en la que la guerra debía autoabastecerse, lo es más aún en esta campaña en la que el enemigo ataca preferentemente los suministros, en el amplio sentido de la palabra. Gracias a la organización que el General Suchet impone en Aragón *«sin faltar a la misión asignada de vencer y conquistar, logra, por una parte pacificar un país enloquecido y exasperado y por otra, pagar y alimentar su ejército, asediar numerosas plazas e ingresar al Tesoro de Madrid más de ocho millones de francos»* (123). A sus méritos de estrategia se unen los de administrador; y el Emperador al confiarle el gobierno de Aragón *«no hacía sino reconocer el valor y la eficacia del Jefe del III Cuerpo de Ejército; militar hábil y afortunado, que poseía además cualidades de administrador, por lo que sus soldados no carecían de nada y las poblaciones de las zonas ocupadas no sufrían demasiado»* (124).

(122) Carta de Moncey después de la primera expedición a Valencia. Junio de 1808.

(123) L. G. SUCHET: *Ob. cit.* Tomo 1.

(124) J. SARRAMON. Tesis: *La Guerra de la Independencia, 1811-1812.*

Situación económica

Sin embargo, Aragón, en 1809, no presentaba una imagen optimista. La guerra, después de un año, había creado una situación económica alarmante, «*el sitio mortífero de Zaragoza había diezmado la población, arruinado el comercio y la industria y despojado al campo de sus cosechas y rebaños*» (125). La situación militar, ya se ha citado, era catastrófica y a ella dedica Suchet sus afanes en primer lugar. «*Después de haber concluido felizmente este primer empeño, intenta calmar los espíritus... y reparar, en lo posible, los daños de la guerra*» (126). Combinando moderación y justicia, pero también firmeza, espera someter a los aragoneses y convencerles de que deben abandonar todo espíritu de resistencia.

«*La orden de que la guerra se abasteciese por sí misma cambia de pronto el estado de nuestras relaciones con una región que intenta a duras penas reparar sus ruinas*» (127). El 8 de febrero de 1810, Aragón se transforma en gobierno autónomo, por un decreto, según el cual todos los impuestos se han de ingresar en las arcas francesas para «*proporcionar el sueldo de las tropas y satisfacer los gastos de su mantenimiento*» (128). Francia no mandará más fondos. ¿Podría la región soportar el mantenimiento del ejército?

«Este país, inmerso desde hace dos años en el escenario de la guerra... La emigración de la casi totalidad de los ricos propietarios dejó abandonados bienes sin cultivo, de cuya administración se consigue a duras penas una pequeña parte de su rentabilidad normal. En general la administración del país presenta un panorama de debilidad, unido a una total desorganización y un miedo, constantemente acrecentado, hacia las bandas...» (129).

Antes de la guerra, la región cosechaba trigo, vino y aceite para su propio consumo y para exportar, incluso, a Navarra y Cataluña. La guerra acaba con todo esto: se arrancan viñas y olivos y en cuanto a la cosecha de trigo de 1809 es tan mala que los franceses prohíben su exportación; las almazaras del monte Torrero,

(125) L. G. SUCHET: *Ob. cit.* Tomo 1.

(126) *Ibidem.*

(127) *Ibidem.*

(128) Extracto del decreto de 8 de febrero de 1810, firmado en el Palacio de las Tullerías.

(129) SHAT. Carta de Suchet al Mayor General (19 de marzo de 1810). C-8-44.

al sur de Zaragoza, fueron casi todas arrasadas. «*Sobre una superficie de más de mil ochocientas leguas cuadradas, apenas se encontraban treinta de terreno cultivado: el resto estaba abandonado*» (130). En toda la región sólo queda una fábrica de curtidos en actividad y otra de tejidos en Albarracín. Respecto a la cabaña ovina,

«... ya he tenido ocasión de dar cuenta a Vuestra Alteza de las grandes ventajas de la agricultura y comercio de Aragón que revalorizaban los pastos y proporcionaban grandes cantidades de lana, aunque no aseguraban el consumo de carne, cuya casi totalidad venía de Francia. Aragón... poseía entonces dos millones de corderos. Después de la guerra, la cabaña de Zaragoza, unas cien mil cabezas, queda reducida a ocho mil; la de la montaña y el resto de la región pasó de 1,9 millones a cien mil, como mucho. El estudio que he tenido que hacer para asegurar las subsistencias en el ejército me proporcionaron estos resultados escalofriantes» (131).

Situación financiera

La situación financiera es aún peor. El gobierno español se esfuerza en retirar dinero de la circulación: Palafox al abandonar Zaragoza se ha llevado tres millones de francos, producto de donaciones patrióticas y de contribuciones impuestas antes del sitio. El mismo rey José, siempre corto de dinero efectivo, exige a la región «*un millón de reales*»; tres mil marcos de plata procedentes de conventos suprimidos se envían al conde Cabarrús, ministro de finanzas de Madrid. Por último el Emperador, pese a estar informado de la penuria de Aragón, exige un impuesto extraordinario de tres millones de reales al mes.

Por lo que respecta a Suchet, le haría falta «*pedir ocho millones de francos, solamente para la soldada anual del ejército, a este país, que en tiempos de máxima prosperidad no pagaba más de cuatro al gobierno español*» (132). Añadamos, para completar esta perspectiva de Aragón en 1809, que la población ya poco numerosa sufrió una disminución de casi sesenta mil almas; que los notables, las clases dirigentes, abandonaron en su mayor parte la región; que las administraciones locales estaban disueltas en gran parte y que sobre todo «*...los guerrilleros o los agentes de la Junta*

(130) F. ROUSSEAU: *La carrera del Mariscal Suchet*.

(131) A.N. Carta a Berthier (31 de agosto 1810). AF IV 1626.

(132) L. G. SUCHET: *Ob. cit.* Tomo 1.

(insurgente) empleaban todos los medios posibles para oponerse a las medidas prescritas por el Emperador o el Gobernador de Aragón» (133).

Tal es la situación a la que el General debe hacer frente. Puede atender a sus necesidades de forma expeditiva, al menos por el momento; puede apoderarse por la fuerza de todos los recursos materiales del país. Pero, además de jefe de tropas, es también gobernador. Si ha de responder de la vida de su ejército, no debe agotar «su región»; más bien al contrario, restaurar los recursos, conseguir la confianza de los aragoneses. Es a lo que se dedicará Suchet durante cuatro años y en ello «*puso más prudencia que el propio gobierno español*» (134). Comienza por prohibir la requisita, ordenada por Madrid, del tesoro de la Virgen del Pilar. Esta medida, cuando se conoce lo que representa para los aragoneses su santuario, «*contribuye en gran medida a calmar una región agitada...*» (135). Zanja, también, todo abuso consiguiente a la confusión del sitio de Zaragoza. El III Cuerpo de Ejército no es en esta época un ejemplo de disciplina; la administración militar está en pleno desorden, falta de todo en los hospitales, a duras penas se realiza la distribución de víveres, también, «*... se han producido atropellos que he intentado mitigar en la medida de lo posible; tres jefes de plaza están procesados, uno de ellos acaba de ser condenado a un año de cárcel, degradado, incapacitado para el servicio y obligado a restituir... Por un decreto, he hecho reintegrar la suma de diez mil francos al Tesoro Imperial, por un oficial superior cuya bravura estimo... y que sería lastimoso perder...*» (136). Con este oficial y con otros, el Gobernador obra con firmeza y prudencia obligándoles a reparar su falta, sin estropear su carrera. Digamos en descargo de estos hombres que la tentación de beneficiarse es fuerte, cuando el sueldo no es ni regular ni suficiente. Se necesita, pues, garantizar el sueldo a todo el Cuerpo de Ejército, para que las tropas, bien aseguradas de víveres, no se vuelvan contra la población para robar y devorarlo todo.

Puesto que el ejército ya no depende económicamente de Francia, Aragón ha de pechar con la soldada. El inconveniente reside en que no hay suficientes administradores franceses y se necesita

(133) F. ROUSSEAU: *Ob. cit.*

(134) L. G. SUCHET: *Ob. cit.* Tomo 1.

(135) *Ibidem.*

(136) A.N. Carta a Berthier (3 de octubre 1810). AF IV 1626.

apoyarse en una «*administración indígena*» (137). «*Para obtener buenos resultados sería preciso estar secundado por hombres capaces —desgraciadamente, añade Suchet—, no hay prácticamente ninguno que quiera servirnos*» (138). Consecuentemente a su actitud conciliadora y al respeto que siente por usos y costumbres de la región, esos «hombres capaces» acaban poco a poco por secundarle. El primero es el padre Santander, obispo auxiliar de Zaragoza, después, el ex-intendente militar de Palafox, don Mariano Domínguez. Mantiene al frente de la justicia al presidente de la Audiencia, como asimismo al jefe de la Contaduría —Pagaduría Central y Servicio de Contribuciones—. Por último, elige como secretario general del gobierno a un francés de origen español, Larreguy. Al lado de esta Junta, casi totalmente española, que le secunda y aconseja en temas jurídicos, políticos y administrativos, Suchet se apoya por lo que respecta a estos últimos, en los ordenadores de pagos y recaudadores franceses, que controlan la administración civil por encima de intendentes, corregidores y alcaldes españoles. Con ello se consigue que los gastos fueran pagados por un solo agente y una sola caja.

La antigua Contaduría, goza de la confianza de la población. Por otra parte, parece difícil imponer un sistema nuevo de derecho administrativo a un pueblo con fama de tozudo. El General confía a esta Contaduría, tras la simplificación pertinente, la tarea de establecer la riqueza imponible. Esta se distribuía entre todas las comunidades, según el catastro, y posteriormente una asamblea de notables repartía las cargas globales entre los habitantes. Como en 1810, el catastro diseñado bastante tiempo atrás, no corresponde a la realidad, se ordena hacer otro nuevo, pese a las dificultades correspondientes.

Restablecimiento de la actividad administrativa y económica

Asegurada la percepción del impuesto, el Gobernador se esfuerza en restablecer la actividad económica, con la intención de aumentar los beneficios. Impulsa la fabricación de salitre, en Zaragoza. Pone en funcionamiento «*en poco tiempo... al servicio del comercio y la agricultura*» (139) el Canal Imperial y el embalse del monte

(137) J. MORVAN: *El soldado imperial, 1810-1814*. Tomo 2.

(138) SHAT. Carta al Ministro de la Guerra, de 7 de julio de 1809. C-8-29.

(139) L. G. SUCHET: *Ob. cit.* Tomo 1.

Torrero. Se apoya en las instituciones antiguas de administración de justicia, simplificándolas y evitando conflictos de autoridad. Al frente de la policía, pone al español, ya citado, Mariano Domínguez, quien al mismo tiempo que vela por la seguridad de los ciudadanos proporciona información a los franceses, «... *me ha servido varias veces útiles informaciones; ha descubierto depósitos de armas, conspiraciones, espías en diferentes ocasiones*» (140).

El 4 de enero de 1810 envía al príncipe Neuchatel, lo que puede considerarse como el resumen de su actividad durante los primeros meses de mandato: «...*He renovado trece corregidores y la casi totalidad de los justicias, se ha restablecido el orden en los diversos servicios y protegido los grandes establecimientos; no he encontrado moneda alguna en caja, sino quinientos mil reales de deudas; he recaudado, después, 2,3 millones de reales de contribución. Los funcionarios están satisfechos de sus sueldos; todos los gastos de los servicios realizados y la fabricación del salitre han corrido a cargo de la Caja Real. Se ha puesto en funcionamiento la importante administración del Canal... no ha habido impuesto extraordinario alguno y la transparencia ha seguido a la venalidad que desde hace años presidía todo... Los numerosos bienes nacionales han sido puestos en manos de un administrador nombrado por el Rey y protegido en todas sus operaciones*» (141).

En virtud del decreto mencionado que confiere todos los poderes civiles y militares al Jefe del III Cuerpo de Ejército, éste rehusa la admisión de «*personal ajeno a la región*» (142) en el Cuerpo de funcionarios aragoneses. Conquistada Lérida, y reintegrada su provincia, se dedica a organizar la justicia, policía y hacienda según el modelo de Aragón. En consecuencia, impone un tributo de guerra de cuatro millones de reales a la capital y los 149 pueblos de su provincia. Esta medida resulta insuficiente y el 12 de junio siguiente se ordena una carga impositiva extraordinaria de tres millones de reales a todo el territorio bajo su jurisdicción. Esto permite que en lo sucesivo, el salario se pague cada cinco días y, también, abonar cada mes los retiros y pensiones acordadas por el antiguo gobierno español. En todo Aragón renace la industria y el comercio y se acelera la circulación del dinero. Para entonces recibe la orden de iniciar el sitio de Tortosa.

(140) SHAT. Carta al Mayor General (9 de diciembre 1810). C-8-61.

(141) SHAT. Carta al Mayor General (4 de enero 1810). C-8-38.

(142) SHAT. Carta al Mayor General (22 de marzo 1810). C-8-44.

Se ha hecho ya referencia a todas las dificultades correspondientes al período de tiempo comprendido entre mayo de 1810 y enero de 1811, dificultades acrecentadas por la obligación de alimentar a las tropas del duque de Tarento. Esto obliga a solicitar del Emperador la autorización para «*vender una parte de los bienes nacionales de Aragón... estos bienes en manos de propietarios dinámicos aumentarían la riqueza territorial, el número de contribuyentes y me inclino a creer que redundaría con el tiempo en un aumento de la población y una beneficiosa influencia sobre la opinión*» (143). Sin embargo, la gestión de estos bienes, compuestos sobre todo de propiedades confiscadas a las órdenes religiosas, encomendada a una administración especial no consigue los resultados esperados. Por otra parte apela al gobierno francés para «*recibir a título de préstamo una cantidad de 1,2 millones de francos*» (144). Lo concedido asciende sólo a trescientos mil francos.

En noviembre, Suchet convoca la Junta de Aragón en su Cuartel General de Mora para establecer el presupuesto de 1811 y analizar el modo de simplificar la administración y percibir las contribuciones. Por lo que respecta a los bienes nacionales está decidido a integrarlos en los municipios (145). Esta sistemática proporciona tan buenos resultados que ordena hacerla extensiva a otros impuestos como la sal, el tabaco o el papel timbrado. Se impulsan los trabajos del Canal Imperial y alienta la autonomía de su administración. Simplifica la Contaduría «*reuniendo todas las contadurías particulares en una sola encargada del registro y liquidación de las imposiciones en metálico y en especie, así como todas las facturas y gastos*» (146). Finalmente, modifica las circunscripciones territoriales, por lo que Aragón aumenta en una provincia y se reorganizan las aduanas según el modelo francés.

Las consecuencias de estas disposiciones se hacen sentir bien pronto entre los ciudadanos. Las fábricas de salitre en Zaragoza y de pólvora en Villafeliche funcionan a pleno rendimiento. El tributo extraordinario de guerra se reduce en quinientos mil reales al mes. En cuanto a la capital, «*merced a los cuidados de su corregidor, ve desaparecer sus ruinas y reconstruirse las plazas y paseos públicos*» (147).

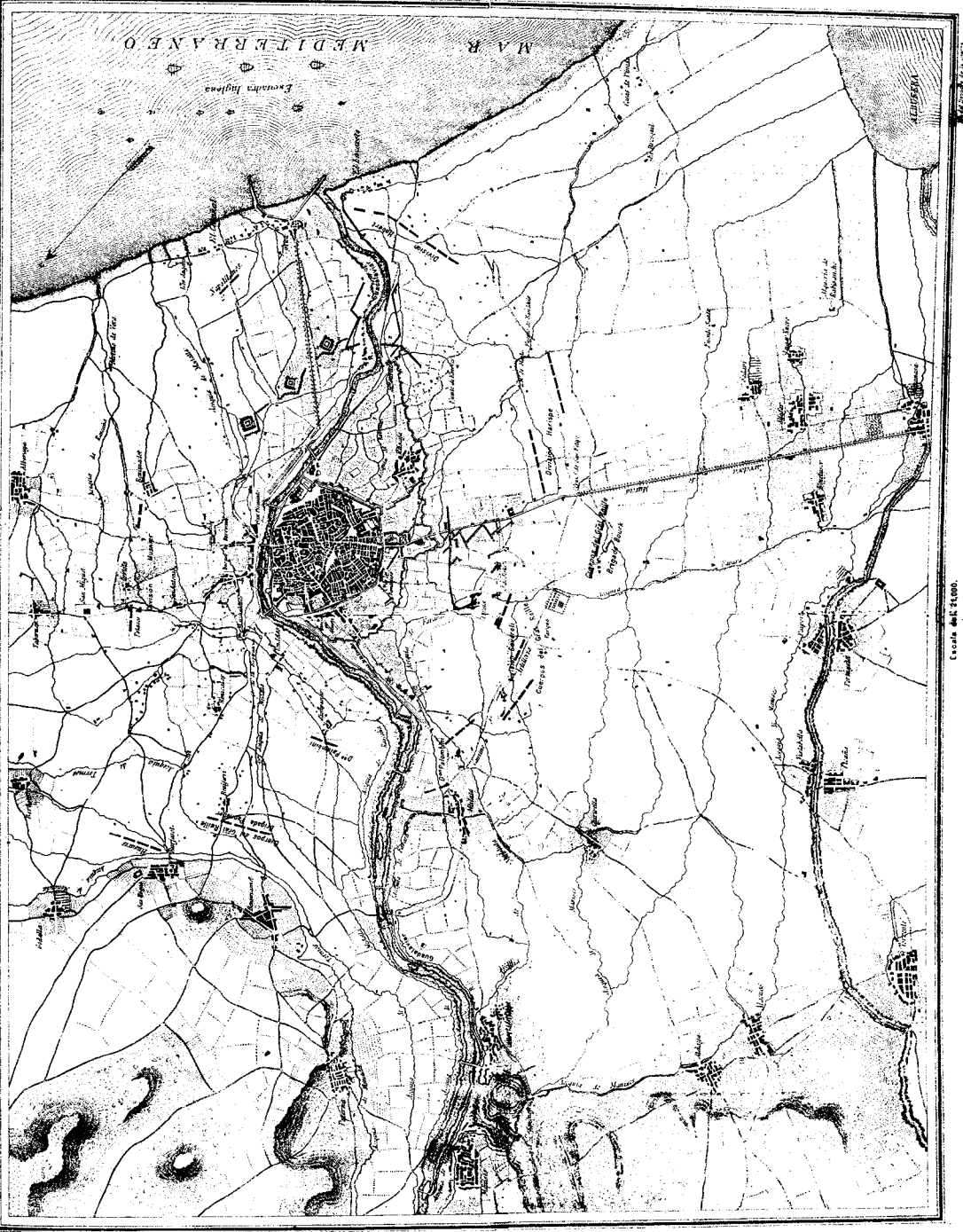
(143) A.N. Carta a Berthier (31 de agosto 1810). AF IV 1626.

(144) A.N. Carta a Berthier (3 de octubre 1810). AF IV 1626.

(145) A.N. Informe a Berthier (25 de noviembre 1810). AF IV 1626.

(146) *Ibidem*.

(147) *Ibidem*.



Escala del 1:1000

Escala del 1:1000

La incorporación de las provincias de Tarragona y Valencia

El 2 de enero de 1811 se conquista Tortosa y el General en Jefe puede volver a su región y dedicarse desde su puesto a la actuación de los Cuerpos constituidos, la Administración y la Justicia, vigilada ésta de cerca y limitada a sus verdaderas atribuciones, bajo la dependencia de alcaldes y corregidores nombrados por él; sus servicios se pagan con puntualidad. La policía con sus reglamentos y su actividad, hace posible que «*el orden no haya sido alterado en ningún momento, incluso en situaciones difíciles... No se ha cometido un solo asesinato desde hace año y medio*» (148). Su financiación depende del comisario general español, no de la Contaduría. Se dota de una asignación especial a la Academia de Amigos del País, cuyo fin es el impulso de la agricultura y las artes. Se restauran los hospicios de Zaragoza, Huesca y Teruel; y finalmente se remite a los españoles el hospital de Zaragoza.

El sitio de Tarragona aleja de nuevo a su ejército y lo retiene hasta agosto en la Baja Cataluña. Dieciocho meses después del repetido decreto, los resultados obtenidos en la guerra son sorprendentes: catorce meses de sueldo puestos al día y pagados los gastos de artillería, zapadores, hospitales, remonta (149) y carreteo; igualmente los correspondientes a la administración, justicia, policía, pensiones y obras públicas. Más de diez millones de francos han revertido a las arcas. Se ha reabastecido el ejército y las plazas fuertes en granos, aceite, ganado, vino y aguardiente. Pero lo importante es que el orden no se ha alterado y la actividad económica ha vuelto a la normalidad, hasta el punto de que Aragón vende lana en Bayona.

Consolidada la Baja Cataluña, se emprende la marcha sobre el reino de Valencia. La ciudad, asediada desde el 26 de diciembre, capitula el 9 de enero de 1812. Suchet prohíbe a sus tropas el acceso inmediato para evitar asesinatos y pillajes (150) hasta el 14 de enero que hace su entrada a la capital al frente de los franceses. La acogida de los valencianos es calurosa; «*la administración inte-*

(148) SHAT. Carta a Berthier (9 de diciembre 1810). C-8-61.

(149) En febrero de 1811 se compraron 55 caballos por 8.595 francos. C-8-65.

(150) Los franceses se acordaban del asesinato de sus compatriotas —180 muertos— en 1808 en el momento de la sublevación. Suchet pensaba en las represalias que hubieran podido ejercerse sobre la población.

rior, a cargo del General Robert, había tenido tiempo de tomar medidas de conservación y previsión de las primeras necesidades» (151). Desarmada la población, los cabecillas expulsados o enviados a Francia, el General precisa, lo mismo que en Aragón, del concurso de «hombres instruidos», por lo que ofrece a los miembros de la Junta insurrecta de Valencia, no sólo la amnistía como a los demás ciudadanos sino además un empleo en la administración; «a excepción de dos de ellos, todos vinieron a situarse con confianza bajo nuestro mandato» (152). Deja la administración de justicia en manos de un español y conservando sus propios magistrados, se propone simplificarla. Se preocupa, con especial cuidado—constituye su primera actuación como gobernador del reino de Valencia— del Tribunal de las Aguas, Corte original que entiende sobre los litigios derivados del regadío y reparto de aguas. Pero los problemas financieros vuelven otra vez a ocupar su atención preferente, en los que cuenta con la ayuda del inspector del Tesoro, Lafosse, entre otros varios administradores.

Se precisa recurrir a contribuciones extraordinarias. De ellas está en primer término la indemnización de guerra exigida por el Emperador desde antes de la toma de la ciudad. Fijada ésta en doscientos millones de reales, parecía en principio desproporcionada con relación a los recursos de la provincia, por lo que «se trata... de hacerla menos pesada, adoptando un sistema de reparto mejor y de percepción más simple» (153). Para ello se admiten a cambio del impuesto de guerra, el suministro de granos, ganado, tejidos, cuero y otros efectos necesarios al ejército; se suprimen las exenciones que beneficiaban ciertas propiedades; se conceden primas de desgravación a los municipios en determinados casos. Finalmente, después de dividir el reino en catorce distritos de recaudación, el intendente, asistido por la contaduría, procede al reparto individual de la indemnización, tomando como base el impuesto ordinario, llamado *equivalente* (154), «de modo que todos los habitantes, sin excepción de clases ni personas, fueron obligados al pago de la tasa de guerra» (155).

En los tres primeros meses de nuestra ocupación, a pesar de ciertas medidas de rigor, se ingresan al Tesoro millón y medio de

(151) L. G. SUCHET: *Ob. cit.* Tomo 2.

(152) *Ibidem.*

(153) *Ibidem.*

(154) Representa el impuesto único que pagan los valencianos. Su porcentaje se calcula en función de la contribución territorial.

(155) L. G. SUCHET: *Ob. cit.* Tomo 2.

francos solamente. En los nueve meses siguientes se recaudan más de 25 millones, sin contar los pagos en especie. Esto permite al Mariscal disminuir las cargas que pesan sobre Aragón, e, incluso, hacer llegar al gobierno de Madrid, conforme a las órdenes del Emperador, tres millones de francos. Todas estas medidas de orden y justicia transforman al pueblo valenciano «*en tranquilo espectador de nuestra ocupación*» (156). De modo que este espíritu se hace patente con motivo de la estancia en la región del rey José, su corte, sus tropas y numerosos «refugiados» durante agosto de 1812.

A principios de 1813, Suchet decide enfrentarse al nuevo ejercicio económico reclamando nuevos subsidios. Reúne una junta compuesta por funcionarios principales, miembros de la Cámara de Comercio y un diputado por cada distrito de recaudación, quienes, entre otras cuestiones, le proponen un proyecto de impuesto de dieciocho millones de francos. El balance de gestión arroja las siguientes cantidades en francos: En 18 meses las arcas del ejército en Valencia ingresaron en metálico 37 millones; los gastos fueron 34.496.854, repartidos en: sueldos, 16.854.200; adquisiciones de material, 6.186.304; gastos de administración, 2.243.864; siete millones mandados al rey José; 300.000 prestados al ejército de Cataluña; 700.000 enviados a París (157). En el mismo período de tiempo los ingresos ascendieron a ocho millones en Aragón y siete en la Baja Cataluña. En tres años, según J. Morvan, Suchet recaudó 73 millones de francos. Así, el objetivo propuesto, parece haberse alcanzado y «*en el seno de una población de "langue d'Oc" enemiga hasta la muerte, desde Aragón al Júcar, el soldado aislado se pasea sin armas entre quienes han combatido a Moncey y defendido Zaragoza*» (158).

SUCHET... INVICTO

Una vez tomada Valencia, Suchet continúa la marcha hacia el sur, según las órdenes del Emperador que le ha recompensado con el nombramiento de duque de La Albufera, y amplía la lista de sus victorias con la conquista de Denia y la capitulación de la

(156) *Ibidem.*

(157) *Ibidem.*

(158) J. MORVAN: *Ob. cit.* Tomo 2. El Júcar es el río que limita al sur la huerta de Valencia.

fortaleza sitiada de Peñíscola; pero tiene que posponer su avance sobre Alicante. La puesta en pie de guerra de nuevos ejércitos en el norte de Europa tiene su influencia en España, considerada como teatro de operaciones secundario, reserva de hombres para la ofensiva que se prepara contra Rusia. Así el 7 de febrero el Mariscal se desprende de la legión polaca, el General Reille recibe la orden de trasladarse al Ebro, el General Severoli despliega en Cataluña, la División Palombini marcha sobre Calatayud. Todo ello supone la pérdida de unos veinte mil hombres y a pesar de que dispone de sesenta mil entre los ejércitos de Aragón y Cataluña, sólo puede mantener en línea unos quince mil soldados en Valencia. Por otra parte el rey José, que ha tomado el mando supremo de las fuerzas en España y Portugal, solicita apoyos para detener la ofensiva de Wellington.

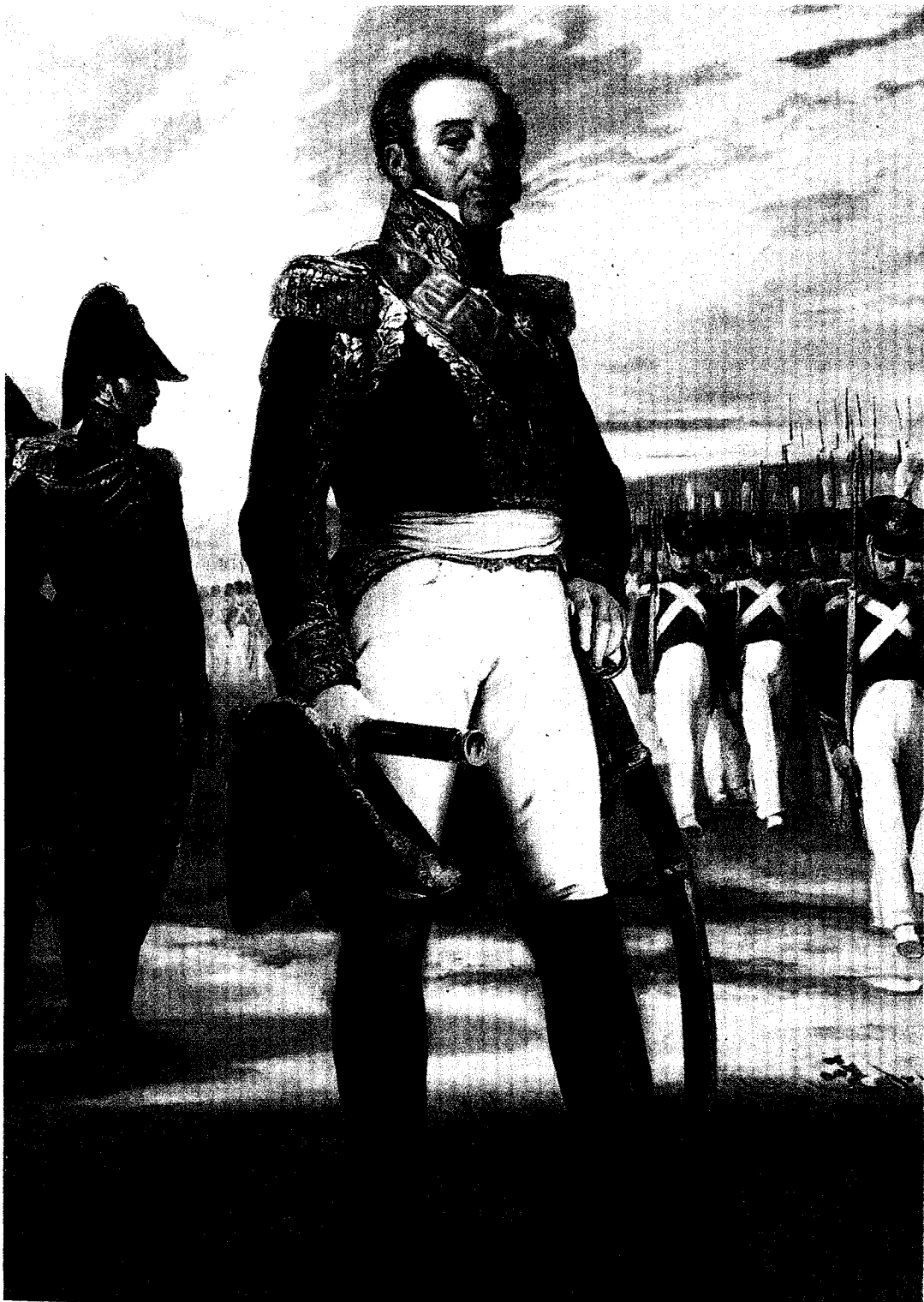
Este, que conoce la debilidad numérica del duque de La Albufera, prepara un ataque al este de la Península, a la vez que la escuadra inglesa mandada por Maitland proyecta un desembarco en Cataluña. Suchet se dirige hacia Tarragona donde se le une Decaen, pero la flota británica leva anclas, zarpa rumbo al sur y Maitland desembarca en Alicante, de donde se retira el 19 de agosto ante el ejército del rey José. Este, que ha abandonado Madrid, tras la derrota de Marmont en los Arapiles, trae consigo a la corte y numerosos civiles: *«Dos mil vehículos de todo tipo, más doce mil bocas inútiles, con diecinueve mil hombres de todas las armas y nacionalidades»* (159), según un informe de Suchet. En otro posterior, califica de «invasión» y gran amenaza *«la llegada inopinada de este ejército de Madrid (que) ha agotado todos mis recursos; no sé cómo mantener en vida al ejército, las consumiciones se han triplicado sin que se haya doblado el número de combatientes»* (160). Amenaza sobre los suministros: el autor español Conde de Toreno estima que cada día se consumían cuarenta mil raciones sin contar las diez mil de paja y cebada; pero amenaza también sobre la tranquilidad de la región. La situación se torna cada vez más difícil y los informes que llegan de Aragón y Cataluña lo confirman:

«Se emplean toda clase de medios para exasperar los ánimos, se recluta, se arma, se levantan impuestos, se hace prestar juramento a la nueva Constitución (161), se pone precio a la cabeza de todo soldado

(159) SHAT. Carta al General Reille (30 de agosto 1812). C-8-99.

(160) SHAT. Carta al General Reille (11 de septiembre 1812). C-8-100.

(161) Se trata de la Constitución de 1812, proclamada en Cádiz por las Cortes. Pasa por ser la Constitución más liberal que se haya hecho jamás y que recono-



Mariscal Suchet, por P. Guérin (Palacio de Versalles).

francés... se prometen recompensas a los desertores, se recibe de los ingleses gran cantidad de armas, municiones, vestuario y víveres. En resumen, los jefes enemigos sacan todas las ventajas posibles de las críticas circunstancias...» (162).

Decaen no puede operar más allá del Llobregat sin contar por lo menos con una fuerza de siete u ocho mil hombres y en Aragón el enemigo está en todas partes. Mina reaparece en el Gállego, entra en Huesca donde no logra mantenerse y a finales de diciembre está en Barbastro con diez mil hombres; dos meses después ataca la villa de Sos. Villacampa y Gayán recorren la ribera derecha del Ebro: Cariñena, Almunia, Belchite y Alcañiz. Cada vez que las partidas de guerrilleros son dispersadas, reaparecen más fuertes y mejor armadas; nuestros correos pasan muy difícilmente (163); los aragoneses no nos informan; y el aprovisionamiento de granos se encuentra muy comprometido.

Hacia finales de diciembre Suchet conoce la noticia de la recuperación de Madrid y que el ejército del sur flanquea el Tajo. El 4 de enero de 1813, sabe bien que no es así; los franceses se reagrupan más al norte, el cuartel general se transfiere a Valladolid, bien pronto a Burgos y se evacua Madrid. El Mariscal, sin el apoyo del ejército del centro hacia Cuenca, se encuentra al descubierto y continuamente amenazado en su flanco derecho por el ataque del ejército anglo-español que cuenta con cincuenta mil hombres (tres mil de ellos de caballería) y cincuenta piezas de artillería.

Sin embargo, Suchet, afectando «una superioridad insultante» toma la iniciativa de atacar a Murray. En efecto, «*en la guerra, las apariencias engañan. El general francés era realmente el más fuerte por cuanto la necesidad, ignorancia, discusiones e, incluso, la traición hacían presa en el campo adversario*» (164). El 11 de abril bate al General Elío, al día siguiente toma Villena donde hace mil prisioneros, el 13 en Castalla se entabla una lucha con el grueso de las tropas enemigas, que dura tres días, sin resultados decisivos

ciendo la monarquía proclama la soberanía de la nación. Una mezcla de ideas procedentes de la Revolución Francesa y de la Tradición española. Fernando VII. al volver a España, la derogará.

(162) SHAT. Carta del General Decaen a Suchet (14 de septiembre 1812). C-8-100.

(163) Suchet hizo trasladar el correo por paisanos menos ostensibles. «*El correo es transportado por paisanos; ello continúa pero más difícilmente*». Carta a Reille (21 de septiembre 1812). C-8-100.

(164) W. NAPIER: *Ob. cit.* Tomo 11.

por una u otra parte. Desde entonces la situación se estabiliza: Suchet, que hace frente al General Mijares que ha tomado Cuenca, amenazando sus comunicaciones, concentra sus divisiones entre Valencia y Tortosa; Murray, por su parte, reagrupa sus fuerzas en torno a Alicante preparando su reembarque (165). El 31 de mayo la flota inglesa, con dieciséis mil hombres a bordo, zarpa del puerto con rumbo hacia el norte, el 2 de junio llega frente a Tarragona y el 3 desembarca y se pone cerco inmediatamente a la ciudad.

Suchet, una vez más, reacciona con rapidez, deja al General Harispe en Valencia con siete mil hombres y el 7 de junio se dirige a marchas forzadas con nueve mil hombres en socorro de la ciudad sitiada. El día 12, desde las alturas de Montroig, a veinte kilómetros al sur de Tarragona, hace encender hogueras para señalar su presencia a los sitiados, que por cierto no llegan a ver. Como por otra parte el General Mauricio Mathieu se aproxima por el norte, Murray, amenazado en dos frentes, levanta el cerco precipitadamente abandonando su artillería. Mientras tanto los generales Elío y Del Parque atacan la línea del Júcar el día 11 con más de veinte mil hombres (tres mil caballos y unas cuarenta bocas de fuego), el General Mesclop, a la cabeza del 4.º de Húsares, los rechaza en Llanera, el 13 los españoles son batidos en Alcira; pero la situación es crítica, el 15 Mijares toma Requena, desbordando así la línea del Júcar, Villacampa enlaza con él. Suchet vuelve rápidamente a Valencia, cubriendo en cuarenta y ocho horas el camino desde Tortosa, y restablece la situación. La población, momentáneamente inquieta, le acoge en todas partes con calor:

«Encuentra en Vinaroz y Benicarló, Castellón y Valencia, a los habitantes reunidos y diligentes para recibirle al son de las campanas, bajo arcos de triunfo, entre fiestas y demostraciones de alegría... los pueblos de Valencia —a la vista del éxito tan sorprendente como rápido— reviven sin esfuerzo sus sentimientos de sumisión leal e, incluso, de confianza y estima por el ejército» (166).

Advertido de la derrota del rey José en Vitoria, el día 21 de junio, y del subsiguiente repliegue de Clauzel a través de Zaragoza, Suchet se da cuenta de que podría perder su base de operaciones y decide replegarse a la línea del Ebro, dejando algunas guarniciones para retrasar el avance enemigo. Las divisiones de Harispe

(165) Las instrucciones de Wellington, fundadas en las ventajas que ofrece el dominio del mar, prescribían un ataque contra Tarragona para liberar Valencia.

(166) L. G. SUCHET: *Ob. cit.* Tomo 2.

y Habert repasan el Júcar y el 4 de julio entran en Valencia, donde el Mariscal ha destruido el castillo. Al día siguiente, éste abandona la ciudad a la cabeza de sus columnas. Repasa Sagunto, cuyo fuerte «*puesto en estado de defensa, abastecido de víveres para un año, ha recibido una guarnición de 1.200 hombres*» (167). El 7 de julio, el ejército pernocta en Castellón y Torreblanca, el día 8 en Alcalá de Chivert y Benicarló, el día 9 en Vinaroz y Ulldecona. El 11 alcanza Tortosa y toma posiciones a cubierto del Ebro. La retirada se ha hecho perfectamente. Con tan solo 300 heridos y 700 enfermos, el ejército de Aragón, pagado al día, bien vestido y alimentado, disciplinado y aguerrido, no ha sufrido ataque alguno.

En su informe al Duque de Feltre, el Mariscal escribe: «A pesar de las enormes contribuciones aportadas por la ciudad y la región, la conducta que este pueblo ha tenido para con el ejército imperial hasta el último día, le da derecho a la estimación de todos los franceses. En nuestra marcha ningún soldado ha sido atacado por tiro de fusil, se han transportado con cuidado a nuestros enfermos, en todas partes había víveres preparados en abundancia...» (168).

La situación se agrava aún más. Clauzel se retira del Ebro, el General Paris abandona Zaragoza, conquistada por Mina; Suchet, dejando una guarnición de 4.500 hombres en Tortosa, se repliega sobre Villafranca. En esta situación precaria, tanto más cuanto el Emperador sigue reclamando efectivos —800 hombres para la Guardia, dos mil cuadros de mando para los Depósitos donde se organiza la nueva leva de reclutas—, Suchet se retira a cubierto del Llobregat, donde permanece hasta el 1 de febrero de 1814. En esta fecha lo que queda del ejército de Aragón (de ocho a diez mil soldados de Infantería, los 2/3 de la Caballería, y casi toda la Artillería, entraron de nuevo en una Francia invadida) se concentra primeramente sobre Gerona, después hacia Figueras, donde el 25 de marzo de 1814 el Rey de España Fernando VII, rinde homenaje a la conducta del Mariscal, le confirma el título de duque de La Albufera y vuelve al reencuentro de sus súbditos.

Para los franceses es el final: el 30 de marzo se ataca París, el 4 de abril Wellington bate a Soult en Toulouse, el 6 abdica Napoleón. El 12 de abril de 1814, casi cinco años día a día desde su toma del mando, el Mariscal Suchet, invicto, abandona la Península (169).

(167) SHAT. Informe al duque de Feltre (17 de julio 1813). C-8-112.

(168) SHAT. *Ibidem*.

(169) El Mariscal servirá a los Borbones y en Estrasburgo, como gobernador de la 5.ª División Militar conoce el retorno de la Isla de Elba. El 8 de abril de 1815

EPILOGO

Mientras Murat, Soult, Massena y otros «comprometen» en España la fama adquirida en los campos de batalla de Europa, un simple divisionario encuentra su celebridad en la Península y gana su bastón de mariscal: Suchet.

Su primer contacto con la que habría de ser «su región» había sido un fracaso: Alcañiz. Pero aprovechando los plazos de demora de su adversario, se dedica a reorganizar su Cuerpo de Ejército: alimentar, pagar, disciplinar, instruir; estas son sus contraseñas. Y bien pronto bate al General Blake en María y Belchite. Pero el problema radica en las partidas de guerrilleros más que en el ejército regular, por lo que se preocupa, con sus columnas móviles, de mantenerlas alejadas de Aragón, para empeñarse en organizar la administración, renacer la confianza, hacer «política indígena». Ante la idea de aventurarse hacia Valencia, recordando el descalabro de Dupont en Andalucía, elige una ruta alternativa sitiando las plazas de Lérida, Mequinenza, Tortosa, Tarragona. Prefiere asegurar la retaguardia, pacificar la Baja Cataluña, pero las órdenes del Emperador no se discuten y emprende la marcha hacia la huerta valenciana.

Su actuación metódica, entre 1809 y 1813, había conseguido restablecer la paz y la confianza en regiones donde la población había manifestado, más que en cualquier otra parte, su odio a los franceses. Su retirada hacia el Ebro es una muestra de ello.

Abandonada España, recuperada la paz, los militares franceses pueden olvidar la guerrilla y los métodos que les permitieron luchar eficazmente contra ella. Cuando estudien las guerras napoleónicas no tratarán más que de «guerras limpias» entre ejércitos regulares. Pero quince años más tarde, el ejército francés va a encontrarse comprometido en África del Norte con parecidos problemas a los que había conocido al sur de los Pirineos y se vuelven a cometer los mismos errores. Desposeído el gobierno de Argel, pensamos ser

se instala en Lyon como jefe de las Divisiones Militares 19 y 1, con la misión de defender la frontera de los Alpes. Exilado nuevamente Napoleón, el Mariscal se retira al Auvergne; su carrera militar había terminado. Caído en desgracia no será ascendido a la dignidad de par hasta el 5 de marzo de 1819. Muere el 3 de enero de 1826 en el castillo de San José, en Provençe.

los amos del país, como ocurrió tras la abdicación de Bayona. Pero ni el retiro de Fernando VII, ni el Tratado de Tafna nos dieron los países ocupados.

Desde el punto de vista militar, nuestros hombres recorrían el país y no lo pacificaban «... pronto los efectivos absorbidos por el terreno, la mitad del ejército sostenía la otra mitad dentro de sus guarniciones» (170). Aparecen entonces Suchet en España, Bugeaud en Argelia. Los principios de la guerra de guerrillas y los de la contraguerrilla, de la pacificación, perdidos de vista, caídos en olvido, resurgen en nuestras conquistas africanas. Pues, como afirma el Teniente Coronel Madelin, «la tradición africana se apoya en las experiencias de los antiguos soldados de España: Clauzel, el defensor de Burgos, Valee, el artillero de Suchet, pero sobre todo Bugeaud, antiguo comandante militar de la plaza de Valencia». ¿Afinidad intelectual, parecida reacción ante realidades idénticas, simple sentido común y estudio del medio? Cómo saberlo. Lo cierto es que Bugeaud «pacifica» como lo había hecho Suchet y como Lyautey, más de medio siglo después en Marruecos; para ellos la acción no es política o militar, sino política y militar al mismo tiempo.

Sus mismas actuaciones confirman sus mismos modos de pensar, reflexivos y metódicos. La inquietud de Suchet ante la aventura de Valencia se repite en 1912 en Mangin cuando a Lyautey se le ordena profundizar hacia el sur. Enfrentados a los mismos problemas, Suchet, Bugeaud y Lyautey han reaccionado de forma parecida. En España, Argelia o Marruecos no valían las campañas fulminantes, sino más bien las acciones prudentes encaminadas a *pacificar, tranquilizar, organizar*, en resumen, *conquistar*.

FUENTES Y BIBLIOGRAFIA

1. ARCHIVOS

- Archivos Nacionales: Serie AF IV. Secretaría de Estado - AF IV 1626.
- Servicio Histórico del Ejército de Tierra (SHAT).
 - Serie C-8: Correspondencia de España C-8-26 a C-8-112. Informes quincenales C-8-356, C-8-357, C-8-373.
 - Serie C-19: C-19-11 a 21.
 - Serie MF (Mariscales de Francia): Cartón 23: Suchet.

(170) Citado en la Revue Militaire d'Information, núm. 237; julio de 1954. Teniente Coronel MADELIN: «Fracaso de Napoleón en España».

Serie B-3: B-3-58 y B-3-64.

Historiales: Cartón 72 (121.º de Línea). Cartón 99 (13.º Coracros). Cartón 123 (4.º Húsares).

2. OBRAS GENERALES

— Sobre la época:

Histoire générale des civilisations - Le XVIII Siècle. Paris P.U.F. 1955.

J. GUDECHOT: *L'Europe et l'Amérique à l'époque napoléonienne. 1800-1805*. Nouvelle Clio. Paris 1967.

JOMINI: *Vie politique et militaire de Napoléon*. Paris 1827. 4 volumes.

J. MORVAN: *Le soldat impérial. 1800-1814*. Paris 1904. 2 volumes.

A. THIERS: *Histoire du Consulat et de l'Empire*.

E. WANTY: *L'Art de la Guerre*, Verviers 1967. 3 volumes.

— Sobre España:

J. DESCULA: *Histoire d'Espagne*. Paris 1960.

A. de LABORDE: *L'itinéraire descriptif de l'Espagne*. Paris 1809. 2 volumes.

I. ANTILLON: *Géographie de l'Espagne*. Paris 1823.

T. REGLA: *Historia de España*. Barcelona 1970. 2 volúmenes en español.

3. OBRAS SOBRE LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA (1808-1814)

J. R. AYMES: *La Guerre d'Indépendance espagnole (1808-1814)*. Col. Bordas/ Etudes. Paris 1973.

G. de GRANDMAISON: *L'Espagne et Napoléon (1804-1809)*. Paris 1908.

G. de BELER: *Baylen*. Paris 1955.

FOY (Général): *Histoire de la Guerre de la Péninsule sous Napoléon*. Paris 1817. 4 volumes.

A. GRASSET: *La Guerre d'Espagne*. Paris 1925. 3 volumes.

E. LAFENE: *Conquête de l'Andalousie - Campagne de 1810-1811*. Paris 1823.

W. NAPIER: *Histoire de la Guerre dans la Péninsule*. Paris 1828. 13 volumes.

CONDE DE TORENO: *Histoire du Soulèvement, de la Guerre et de la Révolution d'Espagne*. Paris 1835. 5 volumes.